

*La Fe: soporte de la familia y
guía del itinerario de su vida*

Trabajo presentado bajo
el lema “Amanecer”

Para optar al Premio
patrocinado por:

Real Cofradía del Santísimo Cristo de la Fe
y San Vicente Ferrer

Premis Literaris Vila de Paterna
"XLIX Jocs Florals"

2013

El fruto del silencio es la oración.

El fruto de la oración es la fe.

El fruto de la fe es el amor.

El fruto del amor es el servicio.

El fruto del servicio es la paz.

Beata Madre Teresa de Calcuta (1910-1997)

Premio Nobel de la Paz en 1979

Índice

	<u>Página</u>
Introducción	7
La fe según la Biblia	19
La fe conforme el <i>Catecismo de la Iglesia Católica</i>	23
1. Mira, Señor, la fe de tu Iglesia	24
2. El lenguaje de la fe	25
3. Una sola fe	25
4. Sacramentos de la fe	27
Año de la fe	29
La familia y la fe	55
1. La oración en el ámbito familiar	62
2. Aprender la fe en familia	65
3. Vivir el evangelio en familia	68
A modo de conclusión	71
Anexos	73
1. Indulgencia plenaria por el Año de la Fe	75
2. Congregación para la Doctrina de la Fe. Nota con indicaciones pastorales para el Año de la Fe	79
Bibliografía	95
Siglas y abreviaturas	97

Introducción

La fe es una palabra correspondiente a muchos vocablos griegos y hebreos, por lo cual tiene varios sentidos, entre ellos la fidelidad en el cumplimiento de las promesas para con Dios o para con los hombres; de aquí procede la confianza. Cuando profesamos nuestra fe, comenzamos diciendo: "Creo" o "Creemos". Antes de exponer la fe de la Iglesia tal como es confesada en el Credo, celebrada en la Liturgia, vivida en la práctica de los Mandamientos y en la oración, nos preguntamos qué significa "creer". La fe es la respuesta del hombre a Dios que se revela y se entrega a él, dando al mismo tiempo una luz sobreabundante al hombre que busca el sentido último de su vida. La fe es una luz y un conocimiento sobrenatural con que, sin ver, creemos lo que Dios dice y la Iglesia nos propone.

San Agustín de Hipona (354-430) fue quien sistematizó, ya en el siglo V, «la reflexión ético-religiosa de la fe cristiana utilizando la filosofía platónica como herramienta analítica. (...) El legado de la filosofía griega sirve como telón de fondo a la reflexión crítica y sistemática de la conducta moral en el marco de la fe cristiana» (Rodríguez, Hernández y López, 2005: 136-137).

El concilio Vaticano I fue el primer concilio celebrado en la Ciudad del Vaticano. Convocado por el papa Pío IX en 1869, este concilio aprobó como dogma de fe la doctrina de la infalibilidad del Papa. Tuvo 4 sesiones:

Primera Sesión: celebrada el 8 de diciembre de 1869 con el Decreto de apertura del concilio.

Segunda Sesión: celebrada el 6 de enero de 1870 con la Profesión de Fe.

Tercera Sesión: celebrada el 24 de abril de 1870 concluyendo con la aprobación de la Constitución Dogmática *Dei Filius* sobre la fe católica.

Cuarta Sesión: celebrada el 18 de julio de 1870 concluyendo con la aprobación de la Constitución Dogmática *Pastor Aeternus* sobre la Iglesia de Cristo que declara el dogma de la infalibilidad papal.

El concilio fue suspendido por Pío IX el 20 de octubre de 1870, después que se hubiera consumado la unión a Italia de los Estados Pontificios, tras el avance de las tropas de Giuseppe Garibaldi sobre Roma.

En este concilio, Pío IX promulgó una constitución dogmática sobre la fe y otra titulada *Sobre la Iglesia*, pero que se refiere exclusivamente al primado del Papa. En dicho concilio se dio la siguiente definición de la fe: «Esta fe, que es el principio de la justificación (salvación) del hombre, profesa la Iglesia católica, que es una virtud sobrenatural, con la cual, por la inspiración y el auxilio de la gracia de Dios, creemos ser verdaderas de las cosas por Él reveladas, no por la verdad intrínseca de las cosas percibida con la lumbre (sic) natural de la razón, sino por la autoridad de Dios mismo que las revela, el cual ni puede engañarse ni engañarnos».

El Concilio Vaticano I habla de la fe que conduce a la justificación y habla primeramente de la fe que los teólogos llaman *habitual*; por eso dice que es una *virtud sobrenatural*, es decir, una inclinación o disposición que Dios infunde en el alma gratuitamente, sobre todo mérito del hombre y fuera de toda exigencia de la naturaleza humana. Además, las verdades que constituyen la materia principal de la fe son los misterios, y los misterios, según la definición del mismo Concilio Vaticano, «están tan sobre los alcances de la inteligencia humana que, aun después de revelados y creídos, no pueden ser en sí mismos comprendidos por el hombre en esta vida».

Santo Tomás, conocido como el "Doctor Angélico", define de esta manera el acto de fe: «Crear es un acto del entendimiento, que asiente a la verdad revelada por el imperio de la voluntad, a la cual mueve Dios con su gracia».

El símbolo de la fe resume los dones que Dios como Autor de todo bien, como Redentor, como Santificador, hace al hombre y los articula en torno a los "tres capítulos" de nuestro Bautismo, la fe en un solo Dios: el Padre Todopoderoso, el Creador; Jesucristo, su Hijo, nuestro Señor y Salvador; y el Espíritu Santo, en la Santa Iglesia

(*Catecismo de la Iglesia Católica*, en adelante CIC, 1ª Parte, 1ª Sección, "La profesión de la fe").

El *Catecismo de la Iglesia Católica* «es un tipo peculiar de "libro de fe cristiana" que inicia e instruye en la fe. Esta fe exige que nos pongamos a la escucha de la Palabra de Dios, anunciada de forma autorizada por los Apóstoles y sus sucesores» (Rubio Castro, 2001: 9).

La fe es, generalmente, la confianza o creencia en algo o alguien. Puede definirse como la aceptación de un enunciado declarado por alguien con determinada autoridad, conocimiento o experiencia, o como la suposición de que algo reflexionado por uno mismo es correcto aunque falten pruebas para llegar a una certeza sobre ese algo.

La Real Academia Española da las siguientes acepciones para la palabra fe (del latín *fides*):

1. f. En la religión católica, primera de las tres Virtudes Teologales, asentimiento a la revelación de Dios, propuesta por la Iglesia.
2. f. Conjunto de creencias de una religión.
3. f. Conjunto de creencias de alguien, de un grupo o de una multitud de personas.
4. f. Confianza, buen concepto que se tiene de alguien o de algo. *Tener fe en el médico.*
5. f. Creencia que se da a algo por la autoridad de quien lo dice o por la fama pública.
6. f. Palabra que se da o promesa que se hace a alguien con cierta solemnidad o publicidad.
7. f. Seguridad, aseveración de que algo es cierto. *El escribano da fe.*
8. f. Documento que certifica la verdad de algo. *Fe de soltería, de bautismo.*
9. f. fidelidad (lealtad). *Guardar la fe conyugal.*

En la *Enciclopedia* (Salvat Editores) podemos leer acerca de la fe lo siguiente:

1. Adhesión personal y sobrenatural a la Palabra de Dios.
2. Experiencia y adhesión personal a lo sagrado, expresadas en un sistema religioso.
3. Conjunto de creencias de una religión, partido, etc.

Más adelante, dice: «Fe. Teología. Para el cristianismo, la fe es una adhesión personal, gozosa y libre del creyente, movido e iluminado por la gracia, a la Palabra de Dios, es decir, a la verdad revelada por Dios a los hombres para enseñarles el camino de la salvación. Es, con la esperanza y la caridad, una de las tres Virtudes Teologales, y un misterio que solo se explica por el Amor inconmensurable de Dios; obsequio gratuito de Dios al hombre, la fe exige de éste una respuesta de fidelidad a Dios y a su Palabra. Tener fe es afirmar y vivir humildemente la realidad de Dios, proclamar y manifestar, por medio del *acto de fe* y de una *vida de fe*, que Dios existe, se preocupa de nosotros, nos habla y está presente entre nosotros.

La fe implica, pues, un encuentro y un diálogo entre Dios y el hombre, en el que Aquél respeta la libertad de éste en cuanto ser racional; no hay oposición entre fe y razón, porque la fe del cristiano se basa en unos motivos de credibilidad racionales a partir de la presencia real de Dios en la historia de los hombres; la plenitud de la fe no choca con la razón humana, sino que la ilumina, la eleva y la integra en una perspectiva más rica: el designio de salvación de Dios».

Las causas por las cuales las personas se convencen de la veracidad de algo que aceptan por fe, dependerán de los enunciados filosóficos en los que las personas confían y de otros aspectos de tipo emotivo o cultural. La palabra «fe» puede también referirse directamente a una religión o a la religión en general.

Según Nácar y Colunga (1965: 4): «La doctrina de la fe va desarrollándose [en el tiempo] a la manera como se desarrollan las verdades de una ciencia, procediendo de los principios a las conclusiones. La razón de este progreso no está en Dios, que desde el primer momento podía revelarlo todo, sino en el hombre, que no era materia dispuesta para recibir de una vez todo cuanto Dios quería comunicarle».

Su Santidad Juan Pablo II, en la fase inicial del Sínodo de los Obispos (7 de diciembre de 1985), durante el Ángelus del 24 de noviembre de 1985, dijo: «La fe es el principio básico, es el quicio, el criterio esencial de la renovación que pretendió el Concilio. De la fe se deriva la norma moral, el estilo de vida, la orientación práctica en cada una de las circunstancias».

Durante este año 2013 se celebra en la Iglesia Católica el Año de la Fe, proclamado por Benedicto XVI en su Carta Apostólica *Porta Fidei*. La renuncia de este Papa, el Cónclave y la elección del nuevo Papa Francisco han minimizado este importante y necesario signo para una sociedad secularizada y que en buena medida no conoce a Dios

El 22 de enero celebró la Iglesia universal la festividad del diácono Vicente, y especialmente en Valencia, ciudad donde a comienzos del siglo IV, por manifestar su fe, fue martirizado hasta su muerte. Desde hace 2.000 años, en muchos lugares de la Tierra se acosa a los cristianos que son consecuentes con su fe, aunque tal acoso, en su mayoría lo sea de forma incruenta. Y es que la fe en Dios y en su Palabra, Jesucristo, no es solo «creer lo que no se ve», como se decía popularmente cuando yo era niño, sino algo que transforma toda nuestra vida, una asignatura universal que impregna la totalidad de nuestros actos, en la familia, en el trabajo o estudio, en la diversión.

Como muy bien dice Rubio Castro (2001: 107): «Estamos acostumbrados a oír y pensar que la fe es admitir unas verdades, unos dogmas, unos sacramentos, y nada más. Y la fe es algo más. Antes que un sistema de verdades es un mensaje y una luz. Es una visión de la realidad desde Dios. Ver con los ojos de la fe significa ver con los ojos de Dios. La fe es, sobre todo, un encuentro con Dios».

Su Santidad Benedicto XVI, en su Audiencia General en el Vaticano, el miércoles 6 de febrero de 2013, hablaba largo y tendido sobre la fe. Dijo lo siguiente:

Yo creo en Dios: el Creador del cielo y de la tierra, el Creador del ser humano.

Queridos hermanos y hermanas:

El Credo, que comienza calificando a Dios «Padre omnipotente», añade luego que Él es el «Creador del cielo y de la tierra», y retoma de este modo la afirmación con la que comienza la *Biblia*. En el primer versículo de la Sagrada Escritura en efecto se lee: «Al principio creó Dios el cielo y la tierra» (Gn 1, 1): es Dios el origen de todas las cosas y en la belleza de la creación se despliega su omnipotencia de Padre que ama.

Dios se manifiesta como Padre en la creación, en cuanto origen de la vida, y, al crear, muestra su omnipotencia. Las imágenes usadas por la *Sagrada Escritura* al respecto son muy sugestivas (cf. Is 40, 12; 45, 18; 48, 13; Sal 104, 2.5; 135, 7; Pr 8, 27-29; Jb 38–39). Él, como un Padre bueno y poderoso, cuida de todo aquello que ha creado con un amor y una fidelidad que nunca decae, dicen repetidamente los Salmos (cf. Sal 57, 11; 108, 5; 36, 6). Así, la creación se convierte en espacio donde conocer y reconocer la omnipotencia del Señor y su bondad, y llega a ser llamamiento a nuestra fe de creyentes para que proclamemos a Dios como Creador.

«Por la fe —escribe el autor de la *Carta a los Hebreos*— sabemos que el Universo fue configurado por la Palabra de Dios, de manera que lo visible procede de lo invisible» (11, 3). La fe, por lo tanto, implica saber reconocer lo invisible distinguiendo sus huellas en el mundo visible. El creyente puede leer el gran libro de la naturaleza y entender su lenguaje (cf. Sal 19, 2-5); pero es necesaria la Palabra de revelación, que suscita la fe, para que el hombre pueda llegar a la plena conciencia de la realidad de Dios como Creador y Padre.

En el libro de la *Sagrada Escritura* la inteligencia humana puede encontrar, a la luz de la fe, la clave de interpretación para comprender el mundo. En particular, ocupa un lugar especial el primer capítulo del *Génesis*, con la solemne presentación de la obra creadora divina que se despliega a lo largo de siete días: en seis días Dios realiza la creación y el séptimo día, el sábado, concluye toda actividad y descansa. Día de la libertad para todos, día de la comunión con Dios. Y así, con esta imagen, el libro del *Génesis* nos indica que el primer pensamiento de Dios era encontrar un amor que respondiera a su amor. El segundo pensamiento es crear un mundo material donde situar este amor, estas criaturas que le correspondan en libertad. Tal estructura, por lo tanto, hace que el texto esté caracterizado por algunas repeticiones significativas. Por ejemplo, se repite seis veces la frase: «Vio Dios que era bueno» (vv. 4.10.12.18.21.25), para concluir, la séptima vez, después de la creación del hombre: «Vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno» (v. 31). Todo lo que Dios crea es bello y bueno, impregnado de sabiduría y de

En el relato del *Génesis* emerge luego que el Señor crea con su Palabra: en el texto se lee diez veces la expresión «Dijo Dios» (vv. 3, 6, 9, 11, 14, 20, 24, 26, 28, 29). Es la palabra, el Logos de Dios, lo que está en el origen de la realidad del mundo; y al decir: «Dijo Dios», fue así, subraya el poder eficaz de la Palabra divina. El salmista canta de esta forma: «La Palabra del Señor hizo el cielo; el aliento de su boca, sus ejércitos... porque Él lo dijo, y existió; Él lo mandó y todo fue creado» (vv. 33, 6.9). La vida brota, el mundo existe, porque todo obedece a la Palabra divina.

Pero hoy nuestra pregunta es: en la época de la ciencia y de la técnica, ¿tiene sentido todavía hablar de creación?, ¿cómo debemos comprender las narraciones del *Génesis*? La *Biblia* no quiere ser un manual de ciencias naturales; quiere en cambio hacer comprender la verdad auténtica y profunda de las cosas. La verdad fundamental que nos revelan los relatos del Génesis es que el mundo no es un conjunto de fuerzas entre sí contrastantes, sino que tiene su origen y su estabilidad en el Logos, en la Razón eterna de Dios, que sigue sosteniendo el universo. Hay un designio sobre el mundo que nace de esta Razón, del Espíritu creador. Creer que en la base de todo exista esto, ilumina cualquier aspecto de la existencia y da la valentía para afrontar con confianza y esperanza la aventura de la vida. Por lo tanto, la Escritura nos dice que el origen del ser, del mundo, nuestro origen no es lo irracional y la necesidad, sino la razón y el amor y la libertad. De ahí la alternativa: o prioridad de lo irracional, de la necesidad, o prioridad de la razón, de la libertad, del amor. Nosotros creemos en esta última posición.

Pero quisiera decir una palabra también sobre aquello que es el vértice de toda la creación: el hombre y la mujer, el ser humano, el único «capaz de conocer y amar a su Creador» (Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, 12). El salmista, mirando a los cielos, se pregunta: «Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado. ¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano, para mirar por él?» (8, 4-5). El ser humano, creado con amor por Dios, es algo muy pequeño ante la inmensidad del universo. A veces, al mirar fascinados las enormes extensiones del firmamento, también hemos percibido

nuestra limitación. El ser humano está habitado por esta paradoja: nuestra pequeñez y nuestra caducidad conviven con la grandeza de aquello que el amor eterno de Dios ha querido para nosotros.

Los relatos de la creación en el *Libro del Génesis* nos introducen también en este misterioso ámbito, ayudándonos a conocer el proyecto de Dios sobre el hombre. Antes que nada afirman que Dios formó al hombre con el polvo de la tierra (cf. Gn 2, 7). Esto significa que no somos Dios, no nos hemos hecho solos, somos tierra; pero significa también que venimos de la tierra buena, por obra del Creador bueno. A esto se suma otra realidad fundamental: todos los seres humanos son polvo, más allá de las distinciones obradas por la cultura y la historia, más allá de toda diferencia social; somos una única humanidad plasmada con la única tierra de Dios. Hay, luego, un segundo elemento: el ser humano se origina porque Dios sopla el aliento de vida en el cuerpo modelado de la tierra (cf. Gn 2, 7). El ser humano está hecho a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1, 26-27). Todos, entonces, llevamos en nosotros el aliento vital de Dios, y toda vida humana –nos dice la *Biblia*– está bajo la especial protección de Dios. Esta es la razón más profunda de la inviolabilidad de la dignidad humana contra toda tentación de valorar a la persona según criterios utilitaristas y de poder. El ser a imagen y semejanza de Dios indica luego que el hombre no está cerrado en sí mismo, sino que tiene una referencia esencial en Dios.

En los primeros capítulos del Libro del Génesis encontramos dos imágenes significativas: el jardín del Edeén con el árbol del "conocimiento del bien y del mal" y la serpiente (cf. 2, 15-17; 3, 1-5). El jardín nos dice que la realidad en la que Dios puso al ser humano no es una foresta salvaje, sino un lugar que protege, nutre y sostiene; y el hombre debe reconocer el mundo no como propiedad que se puede saquear y explotar, sino como don del Creador, signo de su voluntad salvífica, don que se ha de cultivar y custodiar, que se debe hacer crecer y desarrollar en el respeto, en la armonía, siguiendo en él los ritmos y la lógica, según el diseño de Dios (cf. Gn 2, 8-15). La serpiente es una figura que deriva de los cultos orientales de la fecundidad, que fascinaban a Israel y constituían una constante

tentación de abandonar la misteriosa alianza con Dios. A la luz de esto, la Sagrada Escritura presenta la tentación que sufrieron Adán y Eva como el núcleo de la tentación y del pecado. ¿Qué dice, en efecto, la serpiente? No niega a Dios, pero insinúa una pregunta solapada: «¿Conque Dios os ha dicho que no comáis de ningún árbol del jardín?» (Gn 3, 2). De este modo, la serpiente suscita la sospecha de que la alianza con Dios es como una cadena que ata, que priva de la libertad y de las cosas más bellas y preciosas de la vida. La tentación se convierte en la de construirse solos el mundo donde se vive, de no aceptar los límites de ser creatura, los límites del bien y del mal, de la moralidad; la dependencia del amor creador de Dios se ve como un peso del que hay que liberarse. Este es siempre el núcleo de la tentación. Pero cuando se desvirtúa la relación con Dios, con una mentira, poniéndose en su lugar, todas las demás relaciones se ven alteradas. Entonces el otro se convierte en un rival, en una amenaza: Adán, después de ceder a la tentación, acusa inmediatamente a Eva (cf. Gn 3, 12); los dos se esconden de la mirada de aquel Dios con quien conversaban en amistad (cf. 3, 8-10); el mundo ya no es el jardín donde se vive en armonía, sino un lugar que se ha de explotar y en el cual se encubren insidias (cf. 3, 14-19); la envidia y el odio hacia el otro entran en el corazón del hombre: ejemplo de ello es Caín que mata al propio hermano Abel (cf. 4, 3-9). Al ir contra su Creador, en realidad el hombre va contra sí mismo, reniega de su origen y por lo tanto de su verdad; y el mal entra en el mundo, con su penosa cadena de dolor y de muerte. Cuanto Dios había creado era bueno, es más, muy bueno; después de esta libre decisión del hombre a favor de la mentira contra la verdad, el mal entra en el mundo.

De los relatos de la Creación, quisiera poner de relieve una última enseñanza: el pecado engendra pecado y todos los pecados de la historia están vinculados entre sí. Este aspecto nos impulsa a hablar del llamado «pecado original». ¿Cuál es el significado de esta realidad, difícil de comprender?

Desearía solo mencionar algún elemento. Antes que nada debemos considerar que ninguna persona está cerrada en sí misma, nadie puede vivir solo de sí y para sí;

nosotros recibimos la vida de otro y no solo en el momento del nacimiento, sino cada día.

El ser humano es relación: yo soy yo mismo solo en el tú y a través del tú, en la relación del amor con el Tú de Dios y el tú de los demás. Pues bien, el pecado consiste en enturbiar o destruir la relación con Dios, esta es su esencia: destruir la relación con Dios, la relación fundamental, situarse en el lugar de Dios. El *Catecismo de la Iglesia Católica* afirma que con el primer pecado el hombre «hizo la elección de sí mismo contra Dios, contra las exigencias de su estado de criatura y, por tanto, contra su propio bien» (n. 398). Alterada la relación fundamental, se comprometen o se destruyen también los demás polos de la relación, el pecado arruina las relaciones, así arruina todo, porque nosotros somos relación. Ahora, si la estructura relacional de la humanidad está turbada desde el inicio, todo hombre entra en un mundo marcado por esta alteración de las relaciones, entra en un mundo turbado por el pecado, del cual es marcado personalmente; el pecado inicial menoscaba e hiere la naturaleza humana (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 404-406). Y el hombre por sí solo, uno solo, no puede salir de esta situación, no puede redimirse solo; solamente el Creador mismo puede restaurar las justas relaciones. Solo si Aquél de quien nos hemos alejado viene a nosotros y nos tiende la mano con amor, las justas relaciones pueden reanudarse. Esto acontece en Jesucristo, que realiza exactamente el itinerario inverso del que hizo Adán, como describe el himno en el segundo capítulo de la *Carta de San Pablo a los Filipenses* (2, 5-11): así como Adán no reconoce que es criatura y quiere ponerse en el lugar de Dios, Jesús, el Hijo de Dios, está en una relación filial perfecta con el Padre, se abaja, se convierte en siervo, recorre el camino del amor humillándose hasta la muerte en la cruz, para volver a poner en orden las relaciones con Dios. La Cruz de Cristo se convierte de este modo en el nuevo árbol de la vida.

Queridos hermanos y hermanas, vivir de fe quiere decir reconocer la grandeza de Dios y aceptar nuestra pequeñez, nuestra condición de criaturas dejando que el Señor la colme con su amor y crezca así nuestra verdadera grandeza. El mal,

con su carga de sufrimiento, es un misterio que la luz de la fe ilumina, que nos da la certeza de poder ser liberados de él: la certeza de que es bueno ser hombre.

La primera Audiencia General tras la Semana Santa, ha permitido al papa Francisco retomar las catequesis sobre el Año de la Fe que ya había iniciado su predecesor Benedicto XVI. La audiencia fue el día 3 de abril de 2013, en la plaza de San Pedro ante más de 30.000 peregrinos. El Santo Padre comentó el pasaje del Credo en el que se habla de la Resurrección de Jesucristo.

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy comenzamos de nuevo con las catequesis del Año de la fe, reflexionando sobre la resurrección de Jesús. ¿Cómo se ha transmitido esta verdad de fe? En las Escrituras encontramos dos tipos de testimonios al respecto: el primero, las breves fórmulas como la que hemos escuchado en la lectura del Apóstol, que indican con concisión el núcleo de la fe: la pasión, muerte y resurrección del Señor.

El segundo, las narraciones que relatan el acontecimiento. Es significativo el hecho de que sean mujeres, que según la ley no podían dar un testimonio fiable, las primeras en anunciar la resurrección. Dios no las elige con criterios humanos sino que mira a su corazón. Su experiencia parte del amor, que las mueve a acudir al sepulcro, y que las hace capaces de acoger el signo de la tumba vacía y el anuncio del mensajero de Dios, y transmitirlo, pues la alegría y la esperanza que las invade no se puede contener. Para los otros discípulos fue más difícil: Pedro se detiene ante el sepulcro vacío, Tomás quiere tocar con sus manos las llagas del cuerpo de Jesús.

También nosotros estamos llamados a crecer en la fe a través de los signos del amor de Dios: la Escritura, la Eucaristía y los otros Sacramentos, y de ese modo, la fe en el Resucitado nos impulsará a salir para llevar esta luz a cada rincón de nuestra vida, comunicándola con gestos de caridad, misericordia y perdón.

Las palabras de los dos Papas no necesitan ningún comentario. Como siempre, son palabras de paz y de esperanza.

Asistimos hoy a los cambios producidos en la sociedad, que afectan también a amplios sectores de larga tradición cristiana que han separado la creencia en Dios de su cumplimiento vital, y hasta llegar a suprimir a Dios dándose a la idolatría de sí mismos. Ante esta realidad, el Año de la Fe es una invitación a una auténtica y renovada conversión al Señor, único Salvador del mundo.

La fe no es toda la vida cristiana, es el comienzo. La fe tiene que llevar a los sacramentos. Ahí es donde la fe se hace completa. La fe, junto con la esperanza y la caridad, es una de las tres Virtudes Teologales. Pero, además, la fe es una virtud sobrenatural. La fe es obra de la gracia de Dios, que ayuda a nuestra voluntad.

La fe según la Biblia

En muchas situaciones no tenemos control –es imposible tener control de los eventos venideros–, sin embargo tenemos que tomar decisiones y actuar como si supiéramos lo que va a ocurrir. Esto es tener fe. Sin fe, nos paralizaríamos. No podríamos hacer planes. Ahora bien, la fe no es una esperanza supersticiosa, la fe es la confianza derivada de la verdad, o al menos, de nuestro entendimiento de las verdades que gobiernan la vida, tanto en el pasado, como en el presente. En este sentido, la fe es individual, intransferible. Nadie puede tener fe por otro.

La fe no es «un salto a ciegas en la oscuridad», como dijera el filósofo y teólogo danés Soren Kierkegaard (1813-1855) a principios del siglo XIX y cuya frase se simplificó posteriormente a «la fe es ciega». Para Kierkegaard: «La fe es la pasión por lo posible y la esperanza es el acompañante inseparable de la fe». La verdadera fe se basa en algo seguro. Hay quienes dicen que la fe en Dios es ciega, pero en realidad hay tanta evidencia que señala a la existencia de un Creador, que la real ceguera sería no tener fe en Dios. La razón respalda la fe en Dios.

Fue el filósofo, matemático y científico francés Blaise Pascal (1623-1662), quien afirmaba: «El valor supremo es la santidad», y «la superación del escepticismo y de la paradoja humana se realiza a través de la fe». Según la filosofía de Pascal: «La fe nos dice con seguridad lo que no dicen los sentidos, pero no lo contrario a lo que los sentidos ven; está por encima de ellos, no en contra». Estas son opiniones de intelectuales eminentes. Ahora, veamos lo que dice la *Sagrada Biblia* sobre la fe.

La *Sagrada Biblia* que he utilizado para realizar parte de este trabajo es la "versión directa de las lenguas originales, hebrea y griega al castellano", realizada por Eloíno Nácar Fuster y Alberto Colunga, y publicada por La Editorial Católica en su Biblioteca de Autores Cristianos, en Madrid, 1965. En el "*Prólogo*", La Editorial Católica afirma: «Con esta versión de la *Biblia* santamente puede gloriarse de haberse colocado con ella

en la vanguardia de la colaboración pedida por el Papa [Pablo VI], ofreciendo a los millones de fieles que en España y en Hispanoamérica hablan y rezan en español este medio tan poderoso de conocimiento de la palabra divina y de santificación de sus almas».

Más adelante, en la "*Introducción general a los libros de la Sagrada Escritura*", se dice: «Todos y solo los libros canónicos, es decir, los que ha incluido la Iglesia en su canon de las Sagradas Escrituras, han sido escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo, y son, por tanto, obra divina. Tienen a Dios por autor principal, aunque sean también al mismo tiempo obra humana, cada uno del autor que, inspirado, lo escribió. Este doble carácter de los libros santos, totalmente obra de Dios, totalmente obra del hombre, es fundamental y capitalísimo para el conocimiento e interpretación de las Divinas Escrituras, y de no tenerlo en cuenta tropezará el lector de estos libros con innumerables e insolubles dificultades».

Respecto a los autores, se afirma: «El autor humano es instrumento del Espíritu Santo, pero instrumento vivo y racional, que bajo la acción de Dios desarrolla su actividad y usa de sus facultades de tal manera que en el libro por él escrito queda como grabada su personalidad, que fácilmente podrá de él deducir el lector».

Según la *Sagrada Biblia*, la fe es un concepto judío que se deriva de la palabra hebrea *emuná* que significa tres cosas: firmeza, seguridad y fidelidad. Para el pensamiento judío, una fe que no incluya seguridad o fidelidad, es lo mismo que separar el espíritu del cuerpo, es decir: es una fe muerta (Sant 2, 26).

La palabra griega: *élenchos* se suele traducir tradicionalmente por: "convicción", pero la fe no es solo convicción; sino obrar consecuentemente con lo que uno cree de verdad. *Élenchos* también significa: "evidencia" o "prueba de algo". Así pone el apóstol Santiago el ejemplo de Abraham: «Creyó a Dios y le fue contado por justicia, pero únicamente validó esa convicción cuando llevó a su hijo al altar, como Dios le había mandado» (Heb 11, 17; Sant 2, 21-22).

San Pablo, en su *Epístola a los Hebreos* habla extensamente de la fe: «Ahora bien: es la fe la garantía de lo que se espera, la prueba de las cosas que no se ven, pues por ella adquirieron gran nombre los antiguos. Por la fe conocemos que los mundos han

sido dispuestos por la palabra de Dios, de suerte que de lo inevitable ha tenido origen lo visible» (Heb 11, 1-3).

En el mismo versículo, San Pablo afirma: «En la fe murieron todos sin recibir las promesas; pero viéndolas de lejos y saludándolas y confesándose peregrinos y huéspedes sobre la tierra, pues los que tales cosas dicen dan bien a entender que buscan la patria. Que si se acordaran de aquella de donde habían salido, tiempo tuvieron para volverse a ella. Pero deseaban otra mejor, esto es, la celestial. Por eso Dios no se avergüenza de llamarse Dios suyo, porque les tenía preparada una ciudad» (Heb 11, 13-16).

Los que por la fe y el Bautismo pertenecen a Cristo deben confesar su fe bautismal delante de los hombres (cf. Mt 10, 32; Rom 10, 9).

En su *Epístola 1 a los Corintios*, San Pablo afirma acerca de la fe: «Yo, hermanos, llegué a anunciaros el testimonio de Dios no con sublimidad de elocuencia o de sabiduría, que nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y Éste crucificado. Y me presenté a vosotros en debilidad, temor y mucho temblor; mi palabra y mi predicación no fue en persuasivos discursos de sabiduría, sino en la manifestación del Espíritu y del poder, para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios. Hablamos, sin embargo, entre los perfectos, una sabiduría que no es de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, abocados a la destrucción; sino que enseñamos una sabiduría divina, misteriosa, escondida, predestinada por Dios antes de los siglos para nuestra gloria; que no conoció ninguno de los príncipes de este siglo, pues si la hubiera conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria. Pero, según escrito está, ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman» (1 Cor 2, 1-9).

La fe debe reflejarse en nuestro carácter. La confianza en Dios, en nuestra familia, en nuestros compañeros de trabajo, nos permitirá concentrarnos en nuestras propias responsabilidades sin preocuparnos desmedidamente en cuestiones fuera de nuestro control, aún cuando de momento los resultados nos sean adversos. Debemos tener siempre presente, que un buen carácter, con su dosis de fe incluida, produce frutos a su debido tiempo. Y por supuesto jamás olvidar la fuente de la fe: «Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios» (Rom 10, 17).

La fe del verdadero creyente es especial, no puede de ninguna manera compararse a la fe natural humana o nada parecido. Según la Biblia, esta fe posee atributos de los cuales podemos nombrar algunos:

- Proviene de Dios.
- Es solo de los que creen.
- Es personal.
- Es contraria a la duda.
- Produce gozo.
- Produce esperanza y paz.

En la primera carta del evangelista San Juan, el anuncio de la encarnación es el elemento central, en torno al cual gira el conjunto de los elementos. El autor concibe a la comunidad (Iglesia) como la reunión de los creyentes en Cristo que forman una comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo y reciben el don del Espíritu Santo. De ahí su insistencia en el mandamiento del amor, segundo gran acento de la carta.

Respecto a la fe y su testimonio, San Juan dice: «Todo el que cree que Jesús es el Cristo que ha nacido de Dios; y todo el que ama al que da el ser ama también al que ha nacido de él. En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios: si amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos. Y sus mandamientos no son pesados, pues todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo. Y lo que ha conseguido la victoria sobre el mundo es nuestra fe. ¿Quién vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?» (1 Jn 5, 1-5).

Esta área de desarrollo de la fe es la que el creyente en Cristo debe de reflejar en el desempeño de su vida diaria como cristiano. Esta fe no debe ser sometida a los deseos, sino que debe ser una fe fructífera: la fe que lleva a la vida eterna.

La fe conforme el *Catecismo de la Iglesia Católica*

El *Catecismo de la Iglesia Católica*, en su apartado III "Fin y destinatarios de este Catecismo", afirma: «Este Catecismo tiene por fin presentar una exposición orgánica y sintética de los contenidos esenciales y fundamentales de la doctrina católica, tanto sobre la fe como sobre la moral, a la luz del Concilio Vaticano II y del conjunto de la Tradición de la Iglesia. Sus fuentes principales son la sagrada Escritura, los santos Padres, la Liturgia y el Magisterio de la Iglesia. Está destinado a servir como un punto de referencia para los catecismos o compendios que sean compuestos en los diversos países» (Sínodo de los Obispos 1985, Relación final II, B, a, 4).

A continuación habla de los destinatarios de sus enseñanzas: «El presente Catecismo está destinado principalmente a los responsables de la catequesis: en primer lugar a los Obispos, en cuanto doctores de la fe y pastores de la Iglesia. Les es ofrecido como instrumento para la realización de su tarea de enseñar al Pueblo de Dios. A través de los Obispos, se dirige a los redactores de catecismos, a los sacerdotes y a los catequistas. Será también de útil lectura para todos los demás fieles cristianos».

En el *Catecismo de la Iglesia Católica*, en su epígrafe 357, cuando se refiere a la vocación del hombre: la vida en el espíritu, se hace esta pregunta: "¿De qué modo la vida moral cristiana está vinculada a la fe y a los sacramentos?". Y esta es su respuesta: «Lo que se profesa en el Símbolo de la fe, los sacramentos lo comunican. En efecto, con ellos los fieles reciben la gracia de Cristo y los dones del Espíritu Santo, que les hacen capaces de vivir la vida nueva de hijos de Dios en Cristo, acogido con fe» (*CIC*, 357).

En el Capítulo Tercero del *CIC*: "Creo-Creemos", se habla extensamente de la respuesta del hombre a Dios. Estos son los epígrafes:

166. La fe es un acto personal: la respuesta libre del hombre a la iniciativa de Dios que se revela. Pero la fe no es un acto aislado. Nadie puede creer solo, como nadie puede vivir solo. Nadie se ha dado la fe a sí mismo, como nadie se ha dado la vida a sí mismo. El creyente ha recibido la fe de otro, debe transmitirla a otro. Nuestro amor a Jesús y a los hombres nos impulsa a hablar a otros de nuestra fe. Cada creyente es como un eslabón en la gran cadena de los creyentes. Yo no puedo creer sin ser sostenido por la fe de los otros, y por mi fe yo contribuyo a sostener la fe de los otros.

167. "Creo" (Símbolo de los Apóstoles): Es la fe de la Iglesia profesada personalmente por cada creyente, principalmente en su bautismo. "Creemos" (Símbolo de Nicea-Constantinopla, en el original griego): Es la fe de la Iglesia confesada por los obispos reunidos en Concilio o, más generalmente, por la asamblea litúrgica de los creyentes. "Creo", es también la Iglesia, nuestra Madre, que responde a Dios por su fe y que nos enseña a decir: "creo", "creemos".

1. Mira, Señor, la fe de tu Iglesia

168. La Iglesia es la primera que cree, y así conduce, alimenta y sostiene mi fe. La Iglesia es la primera que, en todas partes, confiesa al Señor: *Te per orbem terrarum sancta confitetur Ecclesia* (A Ti te confiesa la Santa Iglesia por toda la tierra), cantamos en el himno *Te Deum*), y con ella y en ella somos impulsados y llevados a confesar también: "creo", "creemos". Por medio de la Iglesia recibimos la fe y la vida nueva en Cristo por el bautismo. En el Ritual Romano, el ministro del bautismo pregunta al catecúmeno: "¿Qué pides a la Iglesia de Dios?" Y la respuesta es: "La fe". "¿Qué te da la fe?" "La vida eterna".

169. La salvación viene solo de Dios; pero puesto que recibimos la vida de la fe a través de la Iglesia, ésta es nuestra madre: «Creemos en la Iglesia como la madre de nuestro nuevo nacimiento, y no en la Iglesia como si ella fuese el autor de nuestra salvación» (Fausto de Riez, *De Spiritu Sancto*, 1,2: CSEL 21, 104). Porque es nuestra madre, es también la educadora de nuestra fe.

2. El lenguaje de la fe

170. No creemos en las fórmulas, sino en las realidades que estas expresan y que la fe nos permite "tocar". "El acto [de fe] del creyente no se detiene en el enunciado, sino en la realidad [enunciada]" (Santo Tomás de Aquino, *S.Th.*, 2-2). Sin embargo, nos acercamos a estas realidades con la ayuda de las formulaciones de la fe. Estas permiten expresar y transmitir la fe, celebrarla en comunidad, asimilarla y vivir de ella cada vez más.

171. La Iglesia, que es "columna y fundamento de la verdad" (1 Tim 3, 15), guarda fielmente "la fe transmitida a los santos de una vez para siempre" (cf. Jds 3). Ella es la que guarda la memoria de las palabras de Cristo, la que transmite de generación en generación la confesión de fe de los apóstoles. Como una madre que enseña a sus hijos a hablar y con ello a comprender y a comunicar, la Iglesia, nuestra Madre, nos enseña el lenguaje de la fe para introducirnos en la inteligencia y la vida de la fe.

3. Una sola fe

172. Desde siglos, a través de muchas lenguas, culturas, pueblos y naciones, la Iglesia no cesa de confesar su única fe, recibida de un solo Señor, transmitida por un solo bautismo, enraizada en la convicción de que todos los hombres no tienen más que un solo Dios y Padre (cf. Ef 4, 4-6). San Ireneo de Lyon, testigo de esta fe, declara:

173. «La Iglesia, diseminada por el mundo entero hasta los confines de la tierra, recibió de los Apóstoles y de sus discípulos la fe [...] guarda diligentemente la predicación [...] y la fe recibida, habitando como en una única casa; y su fe es igual en todas partes, como si tuviera una sola alma y un solo corazón, y cuanto predica, enseña y transmite, lo hace al unísono, como si tuviera una sola boca» (*Adversus haereses*, 1, 10, 1-2).

174. «Porque, aunque las lenguas difieren a través del mundo, el contenido de la Tradición es uno e idéntico. Y ni las Iglesias establecidas en Germania tienen otra fe u otra Tradición, ni las que están entre los iberos, ni las que están entre los celtas, ni las de

Oriente, de Egipto, de Libia, ni las que están establecidas en el centro el mundo...» (*Ibíd.*). "El mensaje de la Iglesia es, pues, verídico y sólido, ya que en ella aparece un solo camino de salvación a través del mundo entero" (*Ibíd.*, 5, 20,1).

175. «Esta fe que hemos recibido de la Iglesia, la guardamos con cuidado, porque sin cesar, bajo la acción del Espíritu de Dios, como un contenido de gran valor encerrado en un vaso excelente, rejuvenece y hace rejuvenecer el vaso mismo que la contiene» (*Ibíd.*, 3, 24,1).

176. La fe es una adhesión personal del hombre entero a Dios que se revela. Comprende una adhesión de la inteligencia y de la voluntad a la Revelación que Dios ha hecho de sí mismo mediante sus obras y sus palabras.

177. "Creer" entraña, pues, una doble referencia: a la persona y a la verdad; a la verdad por confianza en la persona que la atestigua.

178. No debemos creer en ningún otro que no sea Dios, Padre, Hijo, y Espíritu Santo.

179. La fe es un don sobrenatural de Dios. Para creer, el hombre necesita los auxilios interiores del Espíritu Santo.

180. "Creer" es un acto humano, consciente y libre, que corresponde a la dignidad de la persona humana.

181. "Creer" es un acto eclesial. La fe de la Iglesia precede, engendra, conduce y alimenta nuestra fe. La Iglesia es la Madre de todos los creyentes. «Nadie puede tener a Dios por Padre si no tiene a la Iglesia por Madre» (San Cipriano de Cartago, *De Ecclesiae catholicae unitate*, 6: PL 4,503A).

182. «Creemos todas aquellas cosas que se contienen en la Palabra de Dios escrita o transmitida y son propuestas por la Iglesia [...] para ser creídas como divinamente reveladas» (Pablo VI, *Credo del Pueblo de Dios*, 20).

183. La fe es necesaria para la salvación. El Señor mismo lo afirma: «El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea, se condenará» (Mc 16, 16).

184. «La fe [...] es un gusto anticipado del conocimiento que nos hará bienaventurados en la vida futura" (S. Tomás de Aquino: *Compendium theologiae*, 1, 2).

4. Sacramentos de la fe

1122. Cristo envió a sus Apóstoles para que, «en su Nombre, proclamasen a todas las naciones la conversión para el perdón de los pecados» (Lc 24, 47). «Haced discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28, 19). La misión de bautizar, por tanto la misión sacramental, está implicada en la misión de evangelizar, porque el sacramento es preparado por la Palabra de Dios y por la fe que es consentimiento a esta Palabra: «El pueblo de Dios se reúne, sobre todo, por la palabra de Dios vivo [...] Necesita la predicación de la palabra para el ministerio mismo de los sacramentos. En efecto, son sacramentos de la fe que nace y se alimenta de la palabra».

1123. «Los sacramentos están ordenados a la santificación de los hombres, a la edificación del Cuerpo de Cristo y, en definitiva, a dar culto a Dios, pero, como signos, también tienen un fin instructivo. No sólo suponen la fe, también la fortalecen, la alimentan y la expresan con palabras y acciones; por se llaman sacramentos de la fe».

1124. La fe de la Iglesia es anterior a la fe del fiel, el cual es invitado a adherirse a ella. Cuando la Iglesia celebra los sacramentos confiesa la fe recibida de los apóstoles, de ahí el antiguo adagio: *Lex orandi, lex credendi* o *Legem credendi lex statuat supplicandi* («La ley de la oración determina la ley de la fe»), según Próspero de Aquitania (siglo V). La ley de la oración es la ley de la fe. La Iglesia cree como ora. La liturgia es un elemento constitutivo de la tradición santa y viva.

1125. Por eso ningún rito sacramental puede ser modificado o manipulado a voluntad del ministro o de la comunidad. Incluso la suprema autoridad de la Iglesia no puede cambiar la liturgia a su arbitrio, sino solamente en virtud del servicio de la fe y en el respeto religioso al misterio de la liturgia.

1126. Por otra parte, puesto que los sacramentos expresan y desarrollan la comunión de fe en la Iglesia, la *lex orandi* (ley de la oración) es uno de los criterios esenciales del diálogo que intenta restaurar la unidad de los cristianos.

Año de la Fe

El 11 de octubre de 2011, el papa Benedicto XVI convocaba el Año de la Fe. A continuación mostramos su Carta Apostólica de dicha convocatoria para todo el orbe cristiano:

CARTA APOSTÓLICA EN FORMA DE MOTU PROPIO

PORTA FIDEI

DEL SUMO PONTÍFICE BENEDICTO XVI CON LA QUE SE CONVOCA EL AÑO DE LA FE

1. «La puerta de la fe» (cf. Hch 14, 27), que introduce en la vida de comunión con Dios y permite la entrada en su Iglesia, está siempre abierta para nosotros. Se cruza ese umbral cuando la Palabra de Dios se anuncia y el corazón se deja plasmar por la gracia que transforma. Atravesar esa puerta supone emprender un camino que dura toda la vida. Éste empieza con el bautismo (cf. Rom 6, 4), con el que podemos llamar a Dios con el nombre de Padre, y se concluye con el paso de la muerte a la vida eterna, fruto de la resurrección del Señor Jesús que, con el don del Espíritu Santo, ha querido unir en su misma gloria a cuantos creen en él (cf. Jn 17, 22). Profesar la fe en la Trinidad –Padre, Hijo y Espíritu Santo– equivale a creer en un solo Dios que es Amor (cf. 1 Jn 4, 8): el Padre, que envió a su Hijo para nuestra salvación; Jesucristo, que en el misterio de su

muerte y resurrección redimió al mundo; el Espíritu Santo, que guía a la Iglesia a través de los siglos en la espera del retorno glorioso del Señor.

2. Desde el comienzo de mi ministerio como Sucesor de Pedro, he recordado la exigencia de redescubrir el camino de la fe para iluminar de manera cada vez más clara la alegría y el entusiasmo renovado del encuentro con Cristo. En la homilía de la santa misa de inicio del Pontificado decía: «La Iglesia en su conjunto, y en ella sus pastores, como Cristo han de ponerse en camino para rescatar a los hombres del desierto y conducirlos al lugar de la vida, hacia la amistad con el Hijo de Dios, hacia Aquel que nos da la vida, y la vida en plenitud» [1]. Sucede hoy con frecuencia que los cristianos se preocupan mucho por las consecuencias sociales, culturales y políticas de su compromiso, al mismo tiempo que siguen considerando la fe como un presupuesto obvio de la vida común. De hecho, este presupuesto no solo no aparece como tal, sino que incluso con frecuencia es negado [2]. Mientras que en el pasado era posible reconocer un tejido cultural unitario, ampliamente aceptado en su referencia al contenido de la fe y a los valores inspirados por ella, hoy no parece que sea ya así en vastos sectores de la sociedad, a causa de una profunda crisis de fe que afecta a muchas personas.

3. No podemos dejar que la sal se vuelva sosa y la luz permanezca oculta (cf. Mt 5, 13-16). Como la samaritana, también el hombre actual puede sentir de nuevo la necesidad de acercarse al pozo para escuchar a Jesús, que invita a creer en él y a extraer el agua viva que mana de su fuente (cf. Jn 4, 14). Debemos descubrir de nuevo el gusto de alimentarnos con la Palabra de Dios, transmitida fielmente por la Iglesia, y el Pan de la vida, ofrecido como sustento a todos los que son sus discípulos (cf. Jn 6, 51). En efecto, la enseñanza de Jesús resuena todavía hoy con la misma fuerza: «Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna» (Jn 6, 27). La pregunta planteada por los que lo escuchaban es también hoy la misma para nosotros: «¿Qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios?» (Jn 6, 28). Sabemos la respuesta de Jesús: «La obra de Dios es ésta: que creáis en el que él ha enviado» (Jn 6, 29).

Creer en Jesucristo es, por tanto, el camino para poder llegar de modo definitivo a la salvación.

4. A la luz de todo esto, he decidido convocar un Año de la fe. Comenzará el 11 de octubre de 2012, en el cincuenta aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, y terminará en la solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo, el 24 de noviembre de 2013. En la fecha del 11 de octubre de 2012, se celebrarán también los veinte años de la publicación del Catecismo de la Iglesia Católica, promulgado por mi Predecesor, el beato Papa Juan Pablo II, [3] con la intención de ilustrar a todos los fieles la fuerza y belleza de la fe. Este documento, auténtico fruto del Concilio Vaticano II, fue querido por el Sínodo Extraordinario de los Obispos de 1985 como instrumento al servicio de la catequesis [4], realizándose mediante la colaboración de todo el Episcopado de la Iglesia católica.

Y precisamente he convocado la Asamblea General del Sínodo de los Obispos, en el mes de octubre de 2012, sobre el tema de La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana. Será una buena ocasión para introducir a todo el cuerpo eclesial en un tiempo de especial reflexión y redescubrimiento de la fe. No es la primera vez que la Iglesia está llamada a celebrar un Año de la fe.

Mi venerado predecesor, el Siervo de Dios Pablo VI, proclamó uno parecido en 1967, para conmemorar el martirio de los apóstoles Pedro y Pablo en el décimo noveno centenario de su supremo testimonio. Lo concibió como un momento solemne para que en toda la Iglesia se diese «una auténtica y sincera profesión de la misma fe»; además, quiso que ésta fuera confirmada de manera «individual y colectiva, libre y consciente, interior y exterior, humilde y franca» [5]. Pensaba que de esa manera toda la Iglesia podría adquirir una «exacta conciencia de su fe, para reanimarla, para purificarla, para confirmarla y para confesarla» [6]. Las grandes transformaciones que tuvieron lugar en aquel Año, hicieron que la necesidad de dicha celebración fuera todavía más evidente.

La celebración concluyó con la Profesión de fe del Pueblo de Dios [7], para testimoniar cómo los contenidos esenciales que desde siglos constituyen el patrimonio de todos los creyentes tienen necesidad de ser confirmados, comprendidos y profundizados

de manera siempre nueva, con el fin de dar un testimonio coherente en condiciones históricas distintas a las del pasado.

5. En ciertos aspectos, mi venerado predecesor vio ese Año como una «consecuencia y exigencia postconciliar» [8], consciente de las graves dificultades del tiempo, sobre todo con respecto a la profesión de la fe verdadera y a su recta interpretación. He pensado que iniciar el Año de la fe coincidiendo con el cincuentenario de la apertura del Concilio Vaticano II puede ser una ocasión propicia para comprender que los textos dejados en herencia por los Padres conciliares, según las palabras del beato Juan Pablo II, «no pierden su valor ni su esplendor. Es necesario leerlos de manera apropiada y que sean conocidos y asimilados como textos cualificados y normativos del Magisterio, dentro de la Tradición de la Iglesia. [...] Siento más que nunca el deber de indicar el Concilio como la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX. Con el Concilio se nos ha ofrecido una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza» [9].

Yo también deseo reafirmar con fuerza lo que dije a propósito del Concilio pocos meses después de mi elección como Sucesor de Pedro: «Si lo leemos y acogemos guiados por una hermenéutica correcta, puede ser y llegar a ser cada vez más una gran fuerza para la renovación siempre necesaria de la Iglesia» [10].

6. La renovación de la Iglesia pasa también a través del testimonio ofrecido por la vida de los creyentes: con su misma existencia en el mundo, los cristianos están llamados efectivamente a hacer resplandecer la Palabra de verdad que el Señor Jesús nos dejó. Precisamente el Concilio, en la Constitución dogmática *Lumen gentium*, afirmaba: «Mientras que Cristo, “santo, inocente, sin mancha” (Heb 7, 26), no conoció el pecado (cf. 2 Cor 5, 21), sino que vino solamente a expiar los pecados del pueblo (cf. Heb 2, 17), la Iglesia, abrazando en su seno a los pecadores, es a la vez santa y siempre necesitada de purificación, y busca sin cesar la conversión y la renovación. La Iglesia continúa su peregrinación “en medio de las persecuciones del mundo y de los consuelos de Dios”, anunciando la cruz y la muerte del Señor hasta que vuelva (cf. 1 Cor 11, 26). Se

siente fortalecida con la fuerza del Señor resucitado para poder superar con paciencia y amor todos los sufrimientos y dificultades, tanto interiores como exteriores, y revelar en el mundo el misterio de Cristo, aunque bajo sombras, sin embargo, con fidelidad hasta que al final se manifieste a plena luz» [11].

En esta perspectiva, el Año de la fe es una invitación a una auténtica y renovada conversión al Señor, único Salvador del mundo. Dios, en el misterio de su muerte y resurrección, ha revelado en plenitud el Amor que salva y llama a los hombres a la conversión de vida mediante la remisión de los pecados (cf. Hch 5, 31). Para el apóstol Pablo, este Amor lleva al hombre a una nueva vida: «Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva» (Rom 6, 4). Gracias a la fe, esta vida nueva plasma toda la existencia humana en la novedad radical de la resurrección.

En la medida de su disponibilidad libre, los pensamientos y los afectos, la mentalidad y el comportamiento del hombre se purifican y transforman lentamente, en un proceso que no termina de cumplirse totalmente en esta vida. La «fe que actúa por el amor» (Gál 5, 6) se convierte en un nuevo criterio de pensamiento y de acción que cambia toda la vida del hombre (cf. Rom 12, 2; Col 3, 9-10; Ef 4, 20-29; 2 Cor 5, 17).

7. «*Caritas Christi urget nos*» (2 Cor 5, 14): es el amor de Cristo el que llena nuestros corazones y nos impulsa a evangelizar. Hoy como ayer, él nos envía por los caminos del mundo para proclamar su evangelio a todos los pueblos de la tierra (cf. Mt 28, 19). Con su amor, Jesucristo atrae hacia sí a los hombres de cada generación: en todo tiempo, convoca a la Iglesia y le confía el anuncio del evangelio, con un mandato que es siempre nuevo. Por eso, también hoy es necesario un compromiso eclesial más convencido en favor de una nueva evangelización para redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe.

El compromiso misionero de los creyentes saca fuerza y vigor del descubrimiento cotidiano de su amor, que nunca puede faltar. La fe, en efecto, crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y

gozo. Nos hace fecundos, porque ensancha el corazón en la esperanza y permite dar un testimonio fecundo: en efecto, abre el corazón y la mente de los que escuchan para acoger la invitación del Señor a aceptar su Palabra para ser sus discípulos. Como afirma san Agustín, los creyentes «se fortalecen creyendo» [12]. El santo Obispo de Hipona tenía buenos motivos para expresarse de esta manera. Como sabemos, su vida fue una búsqueda continua de la belleza de la fe hasta que su corazón encontró descanso en Dios [13]. Sus numerosos escritos, en los que explica la importancia de creer y la verdad de la fe, permanecen aún hoy como un patrimonio de riqueza sin igual, consintiendo todavía a tantas personas que buscan a Dios encontrar el sendero justo para acceder a la «puerta de la fe».

Así, la fe solo crece y se fortalece creyendo; no hay otra posibilidad para poseer la certeza sobre la propia vida que abandonarse, en un in crescendo continuo, en las manos de un amor que se experimenta siempre como más grande porque tiene su origen en Dios.

8. En esta feliz conmemoración, deseo invitar a los hermanos Obispos de todo el Orbe a que se unan al Sucesor de Pedro en el tiempo de gracia espiritual que el Señor nos ofrece para rememorar el don precioso de la fe. Queremos celebrar este Año de manera digna y fecunda. Habrá que intensificar la reflexión sobre la fe para ayudar a todos los creyentes en Cristo a que su adhesión al evangelio sea más consciente y vigorosa, sobre todo en un momento de profundo cambio como el que la humanidad está viviendo. Tendremos la oportunidad de confesar la fe en el Señor Resucitado en nuestras catedrales e iglesias de todo el mundo; en nuestras casas y con nuestras familias, para que cada uno sienta con fuerza la exigencia de conocer y transmitir mejor a las generaciones futuras la fe de siempre. En este Año, las comunidades religiosas, así como las parroquiales, y todas las realidades eclesiales antiguas y nuevas, encontrarán la manera de profesar públicamente el Credo.

9. Deseamos que este Año suscite en todo creyente la aspiración a confesar la fe con plenitud y renovada convicción, con confianza y esperanza. Será también una ocasión

propicia para intensificar la celebración de la fe en la liturgia, y de modo particular en la Eucaristía, que es «la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia y también la fuente de donde mana toda su fuerza» [14]. Al mismo tiempo, esperamos que el testimonio de vida de los creyentes sea cada vez más creíble. Redescubrir los contenidos de la fe profesada, celebrada, vivida y rezada [15], y reflexionar sobre el mismo acto con el que se cree, es un compromiso que todo creyente debe de hacer propio, sobre todo en este Año.

No por casualidad, los cristianos en los primeros siglos estaban obligados a aprender de memoria el Credo. Esto les servía como oración cotidiana para no olvidar el compromiso asumido con el bautismo. San Agustín lo recuerda con unas palabras de profundo significado, cuando en un sermón sobre la *redditio simboli*, la entrega del Credo, dice: «El símbolo del sacrosanto misterio que recibisteis todos a la vez y que hoy habéis recitado uno a uno, no es otra cosa que las palabras en las que se apoya sólidamente la fe de la Iglesia, nuestra madre, sobre la base incommovible que es Cristo el Señor. [...] Recibisteis y recitasteis algo que debéis retener siempre en vuestra mente y corazón y repetir en vuestro lecho; algo sobre lo que tenéis que pensar cuando estáis en la calle y que no debéis olvidar ni cuando coméis, de forma que, incluso cuando dormís corporalmente, vigiléis con el corazón» [16].

10. En este sentido, quisiera esbozar un camino que sea útil para comprender de manera más profunda no solo los contenidos de la fe sino, juntamente también con eso, el acto con el que decidimos de entregarnos totalmente y con plena libertad a Dios. En efecto, existe una unidad profunda entre el acto con el que se cree y los contenidos a los que prestamos nuestro asentimiento. El apóstol Pablo nos ayuda a entrar dentro de esta realidad cuando escribe: «con el corazón se cree para alcanzar la justicia, y con los labios se profesa para alcanzar la salvación» (Rom 10, 10). El autor se refiere a la fe.

11. El corazón indica que el primer acto con el que se llega a la fe es don de Dios y acción de la gracia que actúa y transforma a la persona hasta en lo más íntimo. A este propósito, el ejemplo de Lidia es muy elocuente. Cuenta san Lucas que Pablo, mientras se encontraba en Filipos, fue un sábado a anunciar el evangelio a algunas mujeres; entre

estas estaba Lidia y el «Señor le abrió el corazón para que aceptara lo que decía Pablo» (Hch 16, 14). El sentido que encierra la expresión es importante. San Lucas enseña que el conocimiento de los contenidos que se han de creer no es suficiente si después el corazón, auténtico sagrario de la persona, no está abierto por la gracia que permite tener ojos para mirar en profundidad y comprender que lo que se ha anunciado es la Palabra de Dios.

Profesar con la boca indica, a su vez, que la fe implica un testimonio y un compromiso público. El cristiano no puede pensar nunca que creer es un hecho privado. La fe es decidirse a estar con el Señor para vivir con él. Y este «estar con él» nos lleva a comprender las razones por las que se cree. La fe, precisamente porque es un acto de la libertad, exige también la responsabilidad social de lo que se cree. La Iglesia en el día de Pentecostés muestra con toda evidencia esta dimensión pública del creer y del anunciar a todos sin temor la propia fe. Es el don del Espíritu Santo el que capacita para la misión y fortalece nuestro testimonio, haciéndolo franco y valeroso.

La misma profesión de fe es un acto personal y al mismo tiempo comunitario. En efecto, el primer sujeto de la fe es la Iglesia. En la fe de la comunidad cristiana cada uno recibe el bautismo, signo eficaz de la entrada en el pueblo de los creyentes para alcanzar la salvación. Como afirma el Catecismo de la Iglesia Católica: «“Creo”: Es la fe de la Iglesia profesada personalmente por cada creyente, principalmente en su bautismo. “Creemos”: Es la fe de la Iglesia confesada por los obispos reunidos en Concilio o, más generalmente, por la asamblea litúrgica de los creyentes. “Creo”, es también la Iglesia, nuestra Madre, que responde a Dios por su fe y que nos enseña a decir: “creo”, “creemos”» [17].

Como se puede ver, el conocimiento de los contenidos de la fe es esencial para dar el propio asentimiento, es decir, para adherirse plenamente con la inteligencia y la voluntad a lo que propone la Iglesia. El conocimiento de la fe introduce en la totalidad del misterio salvífico revelado por Dios. El asentimiento que se presta implica por tanto que, cuando se cree, se acepta libremente todo el misterio de la fe, ya que quien garantiza su verdad es Dios mismo que se revela y da a conocer su misterio de amor [18].

Por otro lado, no podemos olvidar que muchas personas en nuestro contexto cultural, aún no reconociendo en ellos el don de la fe, buscan con sinceridad el sentido último y la verdad definitiva de su existencia y del mundo. Esta búsqueda es un auténtico «preámbulo» de la fe, porque lleva a las personas por el camino que conduce al misterio de Dios. La misma razón del hombre, en efecto, lleva inscrita la exigencia de «lo que vale y permanece siempre» [19]. Esta exigencia constituye una invitación permanente, inscrita indeleblemente en el corazón humano, a ponerse en camino para encontrar a Aquel que no buscaríamos si no hubiera ya venido [20]. La fe nos invita y nos abre totalmente a este encuentro.

11. Para acceder a un conocimiento sistemático del contenido de la fe, todos pueden encontrar en el *Catecismo de la Iglesia Católica* un subsidio precioso e indispensable. Es uno de los frutos más importantes del Concilio Vaticano II. En la Constitución apostólica *Fidei depositum*, firmada precisamente al cumplirse el trigésimo aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, el beato Juan Pablo II escribía: «Este Catecismo es una contribución importantísima a la obra de renovación de la vida eclesial... Lo declaro como regla segura para la enseñanza de la fe y como instrumento válido y legítimo al servicio de la comunión eclesial» [21].

Precisamente en este horizonte, el Año de la fe deberá expresar un compromiso unánime para redescubrir y estudiar los contenidos fundamentales de la fe, sintetizados sistemática y orgánicamente en el *Catecismo de la Iglesia Católica*. En efecto, en él se pone de manifiesto la riqueza de la enseñanza que la Iglesia ha recibido, custodiado y ofrecido en sus dos mil años de historia. Desde la Sagrada Escritura a los Padres de la Iglesia, de los Maestros de teología a los Santos de todos los siglos, el Catecismo ofrece una memoria permanente de los diferentes modos en que la Iglesia ha meditado sobre la fe y ha progresado en la doctrina, para dar certeza a los creyentes en su vida de fe.

En su misma estructura, el *Catecismo de la Iglesia Católica* presenta el desarrollo de la fe hasta abordar los grandes temas de la vida cotidiana. A través de sus páginas se descubre que todo lo que se presenta no es una teoría, sino el encuentro con una Persona que vive en la Iglesia. A la profesión de fe, de hecho, sigue la explicación de la vida

sacramental, en la que Cristo está presente y actúa, y continúa la construcción de su Iglesia.

Sin la liturgia y los sacramentos, la profesión de fe no tendría eficacia, pues carecería de la gracia que sostiene el testimonio de los cristianos. Del mismo modo, la enseñanza del Catecismo sobre la vida moral adquiere su pleno sentido cuando se pone en relación con la fe, la liturgia y la oración.

12. Así, pues, el *Catecismo de la Iglesia Católica* podrá ser en este Año un verdadero instrumento de apoyo a la fe, especialmente para quienes se preocupan por la formación de los cristianos, tan importante en nuestro contexto cultural. Para ello, he invitado a la Congregación para la Doctrina de la Fe a que, de acuerdo con los Dicasterios competentes de la Santa Sede, redacte una Nota con la que se ofrezca a la Iglesia y a los creyentes algunas indicaciones para vivir este Año de la fe de la manera más eficaz y apropiada, ayudándoles a creer y evangelizar.

En efecto, la fe está sometida más que en el pasado a una serie de interrogantes que provienen de un cambio de mentalidad que, sobre todo hoy, reduce el ámbito de las certezas racionales al de los logros científicos y tecnológicos. Pero la Iglesia nunca ha tenido miedo de mostrar cómo entre la fe y la verdadera ciencia no puede haber conflicto alguno, porque ambas, aunque por caminos distintos, tienden a la verdad [22].

13. A lo largo de este Año, será decisivo volver a recorrer la historia de nuestra fe, que contempla el misterio insondable del entrecruzarse de la santidad y el pecado. Mientras lo primero pone de relieve la gran contribución que los hombres y las mujeres han ofrecido para el crecimiento y desarrollo de las comunidades a través del testimonio de su vida, lo segundo debe suscitar en cada uno un sincero y constante acto de conversión, con el fin de experimentar la misericordia del Padre que sale al encuentro de todos.

Durante este tiempo, tendremos la mirada fija en Jesucristo, «que inició y completa nuestra fe» (Heb 12, 2): en él encuentra su cumplimiento todo afán y todo anhelo del corazón humano. La alegría del amor, la respuesta al drama del sufrimiento y el dolor, la fuerza del perdón ante la ofensa recibida y la victoria de la vida ante el vacío de la

muerte, todo tiene su cumplimiento en el misterio de su Encarnación, de su hacerse hombre, de su compartir con nosotros la debilidad humana para transformarla con el poder de su resurrección. En él, muerto y resucitado por nuestra salvación, se iluminan plenamente los ejemplos de fe que han marcado los últimos dos mil años de nuestra historia de salvación.

Por la fe, María acogió la palabra del Ángel y creyó en el anuncio de que sería la Madre de Dios en la obediencia de su entrega (cf. Lc 1, 38). En la visita a Isabel entonó su canto de alabanza al Omnipotente por las maravillas que hace en quienes se encomiendan a Él (cf. Lc 1, 46-55). Con gozo y temblor dio a luz a su único hijo, manteniendo intacta su virginidad (cf. Lc 2, 6-7). Confiada en su esposo José, llevó a Jesús a Egipto para salvarlo de la persecución de Herodes (cf. Mt 2, 13-15). Con la misma fe siguió al Señor en su predicación y permaneció con él hasta el Calvario (cf. Jn 19, 25-27). Con fe, María saboreó los frutos de la resurrección de Jesús y, guardando todos los recuerdos en su corazón (cf. Lc 2, 19.51), los transmitió a los Doce, reunidos con ella en el Cenáculo para recibir el Espíritu Santo (cf. Hch 1, 14; 2, 1-4).

Por la fe, los Apóstoles dejaron todo para seguir al Maestro (cf. Mt 10, 28). Creyeron en las palabras con las que anunciaba el Reino de Dios, que está presente y se realiza en su persona (cf. Lc 11, 20). Vivieron en comunión de vida con Jesús, que los instruía con sus enseñanzas, dejándoles una nueva regla de vida por la que serían reconocidos como sus discípulos después de su muerte (cf. Jn 13, 34-35). Por la fe, fueron por el mundo entero, siguiendo el mandato de llevar el evangelio a toda criatura (cf. Mc 16, 15) y, sin temor alguno, anunciaron a todos la alegría de la resurrección, de la que fueron testigos fieles.

Por la fe, los discípulos formaron la primera comunidad reunida en torno a la enseñanza de los Apóstoles, la oración y la celebración de la Eucaristía, poniendo en común todos sus bienes para atender las necesidades de los hermanos (cf. Hch 2, 42-47). Por la fe, los mártires entregaron su vida como testimonio de la verdad del evangelio, que los había transformado y hecho capaces de llegar hasta el mayor don del amor con el perdón de sus perseguidores.

Por la fe, hombres y mujeres han consagrado su vida entera a Cristo, dejándolo todo para vivir en la sencillez evangélica la obediencia, la pobreza y la castidad, signos concretos de la espera del Señor que no tarda en llegar. Por la fe, muchos cristianos han promovido acciones en favor de la justicia, para hacer concreta la palabra del Señor, que ha venido a proclamar la liberación de los oprimidos y un año de gracia para todos (cf. Lc 4, 18-19).

Por la fe, hombres y mujeres de toda edad, cuyos nombres están escritos en el libro de la vida (cf. Ap 7, 9; 13, 8), han confesado a lo largo de los siglos la belleza de seguir al Señor Jesús allí donde se les llamaba a dar testimonio de su ser cristianos: en la familia, la profesión, la vida pública y el desempeño de los carismas y ministerios que se les confiaban. También nosotros vivimos por la fe: para el reconocimiento vivo del Señor Jesús, presente en nuestras vidas y en la historia.

14. El Año de la fe será también una buena oportunidad para intensificar el testimonio de la caridad. San Pablo nos recuerda: «Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de ellas es la caridad» (1 Cor 13, 13). Con palabras aún más fuertes —que siempre atañen a los cristianos—, el apóstol Santiago dice: «¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Podrá acaso salvarlo esa fe? Si un hermano o una hermana andan desnudos y faltos de alimento diario y alguno de vosotros les dice: “Id en paz, abrigaos y saciaos”, pero no les da lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? Así es también la fe: si no se tienen obras, está muerta por dentro. Pero alguno dirá: “Tú tienes fe y yo tengo obras, muéstrame esa fe tuya sin las obras, y yo con mis obras te mostraré la fe”» (Sant 2, 14-18).

La fe sin la caridad no da fruto, y la caridad sin fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda. La fe y el amor se necesitan mutuamente, de modo que una permite a la otra seguir su camino. En efecto, muchos cristianos dedican sus vidas con amor a quien está solo, marginado o excluido, como el primero a quien hay que atender y el más importante que socorrer, porque precisamente en él se refleja el rostro mismo de Cristo. Gracias a la fe podemos reconocer en quienes piden nuestro amor el rostro del Señor resucitado. «Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pe-

queños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25, 40): estas palabras tuyas son una advertencia que no se ha de olvidar, y una invitación perenne a devolver ese amor con el que él cuida de nosotros.

Es la fe la que nos permite reconocer a Cristo, y es su mismo amor el que impulsa a socorrerlo cada vez que se hace nuestro prójimo en el camino de la vida. Sostenidos por la fe, miramos con esperanza a nuestro compromiso en el mundo, aguardando «unos cielos nuevos y una tierra nueva en los que habite la justicia» (cf. Ap 21, 1).

15. Llegados sus últimos días, el apóstol Pablo pidió al discípulo Timoteo que «buscara la fe» (cf. 2 Tim 2, 22) con la misma constancia de cuando era niño (cf. 2 Tim 3, 15). Escuchemos esta invitación como dirigida a cada uno de nosotros, para que nadie se vuelva perezoso en la fe. Ella es compañera de vida que nos permite distinguir con ojos siempre nuevos las maravillas que Dios hace por nosotros. Tratando de percibir los signos de los tiempos en la historia actual, nos compromete a cada uno a convertirnos en un signo vivo de la presencia de Cristo resucitado en el mundo. Lo que el mundo necesita hoy de manera especial es el testimonio creíble de los que, iluminados en la mente y el corazón por la Palabra del Señor, son capaces de abrir el corazón y la mente de muchos al deseo de Dios y de la vida verdadera, ésa que no tiene fin.

«Que la Palabra del Señor siga avanzando y sea glorificada» (2 Tes 3, 1): que este Año de la fe haga cada vez más fuerte la relación con Cristo, el Señor, pues solo en él tenemos la certeza para mirar al futuro y la garantía de un amor auténtico y duradero. Las palabras del apóstol San Pedro proyectan un último rayo de luz sobre la fe: «Por ello os alegráis, aunque ahora sea preciso padecer un poco en pruebas diversas; así la autenticidad de vuestra fe, más preciosa que el oro, que, aunque es perecedero, se aquilata a fuego, merecerá premio, gloria y honor en la revelación de Jesucristo; sin haberlo visto lo amáis y, sin contemplarlo todavía, creéis en él y así os alegráis con un gozo inefable y radiante, alcanzando así la meta de vuestra fe; la salvación de vuestras almas» (1 Pe 1, 6-9).

La vida de los cristianos conoce la experiencia de la alegría y el sufrimiento. ¡Cuántos santos han experimentado la soledad! ¡Cuántos creyentes son probados tam-

bién en nuestros días por el silencio de Dios, mientras quisieran escuchar su voz consoladora! Las pruebas de la vida, a la vez que permiten comprender el misterio de la Cruz y participar en los sufrimientos de Cristo (cf. Col 1, 24), son prelude de la alegría y la esperanza a la que conduce la fe: «Cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Cor 12, 10). Nosotros creemos con firme certeza que el Señor Jesús ha vencido el mal y la muerte. Con esta segura confianza nos encomendamos a él: presente entre nosotros, vence el poder del maligno (cf. Lc 11, 20), y la Iglesia, comunidad visible de su misericordia, permanece en él como signo de la reconciliación definitiva con el Padre. Confiemos a la Madre de Dios, proclamada «bienaventurada porque ha creído» (Lc 1, 45), este tiempo de gracia.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 11 de octubre del año 2011, séptimo de mi Pontificado.

BENEDICTO XVI

Notas:

- [1] Homilía en la misa de inicio de Pontificado (24 abril 2005): AAS 97 (2005), pág. 710.
- [2] Cf. Benedicto XVI, Homilía en la misa en Terreiro do Paço, Lisboa (11 mayo 2010), en *L'Osservatore Romano*, edic. en español (16 mayo 2010), págs. 8-9.
- [3] Cf. Juan Pablo II, Const. ap. *Fidei depositum* (11 octubre 1992): AAS 86 (1994), págs. 113-118.
- [4] Cf. Relación final del Sínodo Extraordinario de los Obispos (7 diciembre 1985), II, B, a, 4, en *L'Osservatore Romano*, edic. en español (22 diciembre 1985), pág. 12.
- [5] Pablo VI, Exhortación apertura *Petrum et Paulum Apostolos*, en el XIX centenario del martirio de los santos apóstoles Pedro y Pablo (22 febrero 1967): AAS 59 (1967), pág. 196.
- [6] *Ibid.*, pág. 198.
- [7] Pablo VI, Solemne profesión de fe, Homilía para la concelebración en el XIX Centenario del martirio de los santos apóstoles Pedro y Pablo, en la conclusión del “Año de la fe” (30 junio 1968): AAS 60 (1968), págs. 433-445.

- [8] *Id.*, Audiencia General (14 junio 1967): *Insegnamenti V* (1967), pág. 801.
- [9] Juan Pablo II, Carta ap. *Novo millennio ineunte* (6 enero 2001), 57: AAS 93 (2001), pág. 308.
- [10] Discurso a la Curia Romana (22 diciembre 2005): AAS 98 (2006), pág. 52.
- [11] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 8.
- [12] *De utilitate credendi*, 1, 2.
- [13] Cf. Agustín de Hipona, *Confesiones*, I, 1.
- [14] Conc. Ecum. Vat. II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, 10.
- [15] Cf. Juan Pablo II, Const. ap. *Fidei depositum* (11 octubre 1992): AAS 86 (1994), pág. 116.
- [16] *Sermo* 215, 1.
- [17] *Catecismo de la Iglesia Católica*, 167.
- [18] Cf. Conc. Ecum. Vat. I, Const. dogm. *Dei Filius*, sobre la fe católica, cap. III: DS 3008-3009; Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Dei Verbum*, sobre la divina revelación, 5.
- [19] Discurso en el Collège des Bernardins, París (12 septiembre 2008): AAS 100 (2008), pág. 722.
- [20] Cf. Agustín de Hipona, *Confesiones*, XIII, 1.
- [21] Juan Pablo II, Const. ap. *Fidei depositum* (11 octubre 1992): AAS 86 (1994), págs. 115 y 117.
- [22] Cf. *Id.*, Carta enc. *Fides et ratio* (14 septiembre 1998) 34.106: AAS 91 (1999), 31-32. págs. 86-87.

Fuente: WEB. URL:<http://www.sanpablo.org.mx/snp/articulo.php>

El Arzobispo de Valencia, monseñor Carlos Osoro, abrió el pasado viernes 14 de octubre de 2012, el Año de la Fe (convocado por el papa Benedicto XVI) en la Catedral de Valencia ante más de mil personas que llenaron el templo. En la misa, en la que concelebró su obispo auxiliar, monseñor Enrique Benavent, y un centenar de sacerdotes, monseñor Osoro pidió a los fieles valencianos que vivan el Año de la Fe «con el anhelo y la tensión positiva de volver a anunciar a Jesucristo, de confesar la fe en él y de profesarla públicamente y sin ambigüedades, sin escondernos, porque ¿es que hay que esconder a quien da sentido y profundidad a la vida humana y a la historia?».

Con motivo de la apertura del Año de la Fe, la Catedral lució por primera vez seis tapices de lona de grandes dimensiones, colgando de los arcos góticos que separan la

nave central de las laterales, con las imágenes de otros tantos santos valencianos, «testigos de la fe», según monseñor Carlos Osoro: San Vicente Mártir, San Vicente Ferrer, Santo Tomás de Villanueva, San Juan de Ribera, Santa Teresa de Jesús Jornet y la beata Josefa Naval Girbés de Algemesí.

En su alocución, el prelado indicó: «Hacer resplandecer la verdad y belleza de la fe con nuestra propia vida. Nuestra tarea hoy es la misma que la de estos santos nuestros que han vivido la fe aquí en Valencia: hacer resplandecer la verdad y la belleza de la fe con nuestra propia vida, como ellos lo hicieron, sin sacrificar la fe a exigencias encadenadas a cualquier cosa»,

«El anhelo que todos estos santos tuvieron de anunciar a Cristo en su tiempo es lo que tiene que provocar en nosotros este Año de la Fe», ha reiterado monseñor Carlos Osoro, quien ha subrayado: «Hoy más que nunca evangelizar quiere decir testimoniar una vida nueva transformada por Dios y así indicar el camino».

Además, el Arzobispo invitó a celebrar el Año de la Fe de manera «digna y fecunda» y propuso a los fieles asumir «como obligación, como hacían los primeros cristianos» el aprendizaje del credo «de memoria, pero no solamente para aprender unas palabras sino para vivir las consecuencias que tiene para nosotros esa confesión de la fe». Igualmente, invitó a «tomar como obligación recoger del catecismo los contenidos fundamentales de la fe católica e incorporarlos a nuestra vida, como hicieron todos estos santos valencianos que hoy nos acompañan».

En la misa, concelebrada por el Cabildo catedralicio, el consejo de gobierno de la Diócesis y un centenar de sacerdotes, participaron más de mil fieles, en representación de las ocho vicarías territoriales de la Diócesis También asistieron el rector de la Universidad Católica de Valencia, San Vicente Mártir, José Alfredo Peris, y la rectora de la Universidad Cardenal Herrera CEU, Rosa Visiedo.

Al comienzo de la homilía, monseñor Osoro expresó su gratitud por la organización del Año de la Fe a la comisión del Itinerario Diocesano de Renovación, presidida por el sacerdote Miguel Payá, y en la que han tomado parte especial el vicario de Evangelización, Javier Llopis, y el presidente de la comisión diocesana de Liturgia, Jaime Sancho.

Durante la eucaristía, en la que intervinieron el Coro del Seminario Metropolitano y la Escolanía de la Virgen, se ha realizado la profesión de fe con el Credo Apostólico, en el que los fieles respondieron con aclamaciones. Al término de la eucaristía, todos los participantes cantaron el Himno de la Coronación de la Virgen de los Desamparados. Para conmemorar la apertura del Año de la Fe, las campanas del Miguelete fueron volteadas a mano por los campaneros de la Catedral.

En noviembre de 2012, el Cardenal-Arzbispo de Madrid, monseñor Antonio M.^a Rouco Varela invitaba a los fieles católicos a celebrar la Fiesta de las Familias como preludeo del Año de la Fe. A continuación insertamos su carta-invitación:

Mis queridos sacerdotes, hermanos y amigos:

El domingo 30 de Diciembre la Iglesia celebra la entrañable Fiesta de la Sagrada Familia dentro del ciclo de la Navidad. Como en años anteriores, celebraremos la Eucaristía a las 12 de la mañana en la Plaza de Colón, tras rezar el Ángelus y escuchar el Mensaje del Santo Padre. Antes, a las 10.30 de la mañana, comenzará un tiempo de preparación para vivir intensamente la Eucaristía, que en este Año de la Fe pretende reafirmar nuestra fe en el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios que se ha dignado compartir su vida con nosotros. En nuestra diócesis, además, estamos comprometidos en la Misión Madrid que busca llevar el evangelio a quienes no han oído hablar de Cristo, han perdido la fe o la viven de modo deficiente. Precisamente en este contexto de la Misión-Madrid, invito a todas las parroquias, comunidades cristianas, asociaciones y movimientos a participar en esta Eucaristía que será la expresión de la Iglesia misionera que vive con gozo la salvación de Cristo. Deseo también invitar a los fieles a visitar una carpa situada en los Jardines del Descubrimiento, en la misma Plaza de Colón. Estará abierta ininterrumpidamente desde el viernes por la tarde hasta el domingo por la mañana. Queremos, que, de algún modo, el ambiente de la carpa recuerde al que vivimos en los inolvidables días de la Jornada Mundial de la Juventud (JMJ).

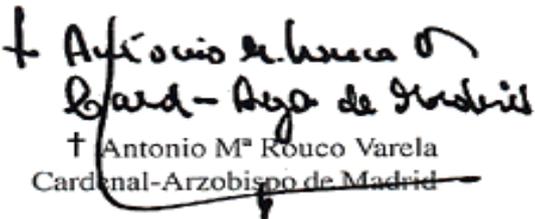
Durante las horas de la mañana y de la tarde habrá stands y actividades de las instituciones de la Diócesis que trabajan para la familia. El objetivo será mostrar a belleza de la familia cristiana y el apoyo de la Iglesia a la familia. En las horas nocturnas habrá adoración permanente del Sacramento de la Eucaristía, que prolonga el Misterio de la Encarnación del Hijo de Dios. Durante todo el tiempo que esté abierta la carpa habrá sacerdotes confesando en algunos de los confesionarios que estuvieron en el Parque del Retiro durante la JMJ.

Con el fin de vivir la Caridad de Cristo, que vino a enriquecernos con su pobreza, habrá posibilidad de recoger donativos para ayudar a las familias necesitadas de nuestra Diócesis que pasan momentos de enorme dificultad. Al mismo tiempo, aprovecho esta oportunidad para invitaros a vivir con austeridad y generosidad con los pobres estas fiestas que no pueden convertirse en una ocasión para el gasto superfluo.

Os pido a todos, de modo especial a los que sois párrocos, vuestra participación entusiasta, como en años anteriores. Es una nueva ocasión para que animéis a vuestros feligreses a participar, acudiendo vosotros con ellos, en la medida de vuestras posibilidades. Vuestra presencia contribuirá a hacer de la Eucaristía el gran signo de la comunión eclesial.

Nos acogemos a la intercesión de Nuestra Señora y Madre, la Virgen de La Almudena, para que nos guíe por caminos de fe, de amor a su Hijo, de conversión y de caridad.

Con todo afecto y con mi bendición,


† Antonio M^o Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

Fuente: WEB. URL: <http://porlafamiliacristiana.es/2012/12/12>

Su Santidad Benedicto XVI concederá a los fieles la indulgencia plenaria con motivo del Año de la Fe que será válida desde su apertura, el 11 de octubre de 2012 hasta su clausura, el 24 de noviembre de 2013 (Ver Anexo 1).

En la misa celebrada en Madrid, el 30 de diciembre de 2012, con motivo de la Fiesta de la Familia, monseñor Rouco Varela pronunció la siguiente homilía:

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor, queridas Familias:

La Fiesta de la Sagrada Familia nos reúne hoy, de nuevo, en este año que concluye, el 2012, crítico y doloroso por tantos motivos, para dar gracias a Dios por nuestras familias enraizadas en la fe en Jesucristo, el Redentor del hombre, y pedirle por el bien de la familia cristiana, verdadera esperanza para hoy. ¿La única sólida esperanza? Si contemplamos la realidad social y cultural que la envuelve y lo fugaces e inoperantes que son las alternativas que se proponen para salir de la crisis de verdadera y honda humanidad que la caracteriza, no cabe duda alguna: solo la familia concebida y vivida en la plenitud de su verdad, como la enseña el lenguaje inequívoco e indestructible de la naturaleza humana, despeja el horizonte de la esperanza para el hombre y la sociedad de nuestro tiempo.

¿Pero cuál es y cómo se conoce la plenitud de esa verdad y cuáles son las vías para comprenderla y realizarla venciendo los obstáculos económicos, sociales, culturales, jurídicos y políticos tan formidables que se interponen en su camino? La respuesta es muy sencilla: cuando se la busca con humilde sinceridad en la escucha de la Palabra de Dios y en la vivencia fervorosa de la celebración del Sacramento de la Eucaristía, especialmente en el día en que la Iglesia trae a la memoria renovada y actual de sus hijos el Misterio de la Sagrada Familia de Nazaret, en cuyo seno nació, se educó y se cobijó el Hijo de Dios, el Salvador del mundo. En ella se abrió e inició la verdadera y definitiva historia de la salvación del mundo. Una historia que ninguna crisis, aunque suponga e incluya los mayores y más horrendos pecados del hombre, podrá jamás interrumpir y, menos, anular.

Por eso, en esta nueva Solemnidad de la singular Familia surgida de una intervención de Dios Padre, sobrenaturalmente única, en un determinado momento del curso histórico de la Humanidad elegido y predestinado por ÉL, hemos invitado a las familias cristianas a encontrarse en “los atrios del Señor” con no menor anhelo y gozo que sentía el salmista al “consumirse” su alma y retozar su corazón y su carne cuando estaba en el Templo de la Antigua Alianza, anticipo de “la Morada de Dios con los hombres”, realizada ahora sacramentalmente en su Iglesia extendida por todos los rincones de la Tierra. Sí, precisamente por esta razón tan divina y tan humana, los hermanos Sres. Cardenales, Arzobispos y Obispos, venidos de toda España y de otras Diócesis europeas, y, no en último lugar, el Prefecto del Pontificio Consejo para la Familia, los sacerdotes concelebrantes, los diáconos, los seminaristas y los numerosos fieles consagrados y laicos, unidos por los vínculos de la familia cristiana, nos reunimos esta radiante mañana del Domingo de la Sagrada Familia en la madrileña Plaza de Colón, evocadora de tantos memorables encuentros eclesiales, formando la gran Familia de los Hijos de Dios, para profesar ante el mundo, a la luz de la Palabra divina y actualizando eucarísticamente el Misterio de nuestra Redención, la Fe en la Verdad de la Familia cristiana reflejada, posibilitada y fundada de modo pleno y definitivo en la Sagrada Familia de Nazaret: en la Familia de Jesús, José y María.

Es bueno recordar esta Verdad atendiendo a las enseñanzas luminosas del Concilio Vaticano II en este Año de la Fe convocado por nuestro Santo Padre Benedicto XVI en el cincuenta aniversario de su solemne apertura, el 11 de octubre del año 1962. Ya entonces, en la delicada coyuntura histórica de tener que consolidar sobre fiables y firmes fundamentos éticos y espirituales un orden jurídico internacional nuevo para una Humanidad sumida hacía apenas dos décadas en una trágica contienda mundial, se hacía urgente actualizar la doctrina de la fe sobre la verdad eterna del matrimonio y de la familia. ¡Hoy, quizá, mucho más! El Concilio define el matrimonio (podríamos decir), como “la íntima comunidad de vida y de amor conyugal, fundada por el Creador y provista de leyes propias que se establece con la alianza... es decir, con un consentimiento personal irrevocable...”

Por su propio carácter natural, la institución misma del matrimonio y el amor conyugal están ordenados a la procreación y educación de la prole y con ellas son coronados como su culminación... Cristo, el Señor ha bendecido abundantemente este amor multiforme, nacido de la fuente divina de la caridad y construido a semejanza de su unión con la Iglesia... Así, el hombre y la mujer, por la alianza conyugal, ‘ya no son dos, sino una sola carne’ (Mt 19, 6)”.

Queridas Familias: Esta Verdad del matrimonio cristiano es la verdad de vuestras vidas. Es la verdad del fundamento de toda sociedad que quiere y trata de edificarse de modo justo, solidario, profundamente humano y fecundo. ¡Es su futuro! Ignorarla y, más aún, despreciarla, es poner en juego su misma viabilidad histórica. Sin la verdad del matrimonio, el organismo vivo, que es la sociedad, se desintegraría. Se pondría en peligro el hombre mismo. “Con el rechazo de estos lazos (los de la familia vivida en su verdad plena) desaparecen también las figuras fundamentales de la existencia humana: el padre, la madre, el hijo; decaen dimensiones esenciales de la experiencia de ser persona humana”, recordaba el Papa Benedicto XVI en su discurso a la Curia Romana con motivo de las felicitaciones de la Navidad, el pasado 21 de diciembre. Decae además, la dimensión de la fraternidad igualmente vital para la digna configuración de la sociedad.

Pero, aún más, la familia cristiana es la célula primera del organismo sobrenatural que es la Iglesia. Lo fue en esa primera y fundamental Sagrada Familia de Jesús, María y José, que está en la base no solo de la historia “cronológica” de la Iglesia, sino en su misma entraña teológica como la gran Familia de los hijos de Dios que es la Iglesia. La Iglesia engendra, cría y educa a sus hijos por la Palabra de la Fe y por el Bautismo, con el concurso inestimable e imprescindible de la familia creyente. Como ocurrió con Jesús en la Sagrada Familia de Nazaret. Después de haberse quedado en el templo, ocupado con “las cosas de su Padre”, sabiendo y consciente de que su edad se lo permitía, Jesús bajó con sus padres María y José a Nazaret. Sus padres habían estado angustiados por la aparente desaparición del hijo— “y siguió bajo su autoridad. Su madre conservaba todo esto en su corazón.

Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres” (Lc 2, 51-52). Así es necesario que ocurra siempre. La familia cristiana es el lugar primero –e insustituible, en principio– para que los hijos nazcan y crezcan en la Fe en Jesucristo, el Salvador del hombre. La “comunidad familiar”, nacida de la carne y de la sangre, santificada por la gracia del Sacramento, fundada, experimentada y vivida como fruto de la donación incondicional del amor en Cristo, es el marco fundamental para que nazca, madure y se forme el hombre, ¡la persona humana!, en toda su dignidad de “hijo de Dios”.

En esa comunidad de vida y de amor, que es la familia cristiana, es donde los niños y los jóvenes pueden aprender “en vivo” ese “amor que nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios”: para saber que “lo somos”, como nos lo recuerda San Juan en su primera Carta (1 Jn 3, 1). No importa que el mundo no nos conozca, incluso, que nos rechace.

En el fondo de esas posturas negadoras de la verdad de la familia cristiana está operante el hecho social de no querer conocerle a Él. Consecuentemente, al no aceptar el mandamiento de Dios de “que creamos en el nombre de su Hijo, Jesucristo”, la sociedad actual en muchos de los sectores más influyentes que la componen, no comprenderá su significado implícito de “que nos amemos unos a otros, tal como nos lo mandó” (1 Jn 3, 24). Con lo cual, se ciegan las vías para una auténtica y duradera renovación social.

Profesar la fe en la Verdad de la Familia Cristiana –¡la verdad de Dios que vosotros, queridas familias cristianas, queréis hacer realidad fiel en vuestras vidas, siguiendo el modelo de la Sagrada Familia de Nazaret!–, no solo es vital para vuestro futuro y el de vuestros hijos sino, también para el futuro de la sociedad y de la Iglesia; más aún, para el futuro de la Humanidad. No hay duda: ¡Vosotros sois la esperanza para hoy!

¡Sed fuertes! Sed valientes en la fidelidad y en la renovación constante de vuestro amor –¡amor fecundo!– como esposos y padres de familia. Seamos fuertes y valientes todos con vosotros en la Comunión de la Iglesia: los Pastores –Obispos y

presbíteros—, los consagrados y todos los fieles laicos. Sería una gravísima responsabilidad pastoral y apostólica dejaros solos en esta situación tan dramática, producida por una crisis que os afecta muy directamente en lo económico; pero, sobre todo, en el reconocimiento social, cultural y jurídico que se os debe. Una crisis moral y espiritual que surge y se plantea en sus orígenes como una “crisis de fe” con pocos precedentes en la historia de Europa y de España. En esta hora histórica, el apoyo de toda la Iglesia, encabezada, guiada y alentada por nuestro Santo Padre Benedicto XVI, es una de las primeras exigencias pastorales del Año de la Fe. ¿Es que alguien puede ser tan cómodo o tan iluso que se permita hablar de “nueva evangelización” o de “Misión” —en Madrid, España, Europa, o en el mundo— sin el compromiso fuerte y valiente de las familias cristianas con la trasmisión de la Fe en Cristo, en “el Dios que es Amor”, a las nuevas generaciones?

Hemos oído el bellissimo mensaje del Santo Padre antes de iniciar la Santa misa. Nos ha evocado sus enseñanzas en el V Encuentro Mundial de las Familias, que tuvo lugar en Valencia los días 8 y 9 de julio del 2006 con el lema: La transmisión de la fe en la familia”. Decía el Papa: «Este encuentro da nuevo aliento para seguir anunciando el evangelio de la familia, reafirmar su vigencia e identidad basada en el matrimonio abierto al don generoso de la vida, y donde se acompaña a los hijos en su crecimiento corporal y espiritual. De este modo se contrarresta un hedonismo muy difundido, que banaliza las relaciones humanas y las vacía de su genuino valor y belleza» (Discurso en el Encuentro Festivo y Testimonial, 8 de julio de 2006). Se podría añadir: que las priva de la luz de la fe: la única que permite clarificarlas, dignificarlas y convertirlas en cauce de auténtico amor.

Amor que una a los hombres como hijos de Dios en la familia, en la sociedad y, por supuesto, en la Iglesia. El amor que hará posible terminar con esas dramáticas situaciones que se derivan de la extrema facilidad con que se llega al divorcio, se rompen las familias y se somete a sus miembros más débiles, a los niños, a una dolorosísima tensión interior que tantas veces los destruye por dentro y por fuera. El amor dispuesto al socorro y a la ayuda sacrificada y generosa de las familias

entre sí y entre sus miembros en las circunstancias tan frecuentes y dolorosas del paro, de las dificultades económicas, morales y espirituales. Un amor, que, perseverantemente vivido al calor y con la fuerza de la fe cristiana, hará posible terminar con la estremecedora tragedia del aborto practicado masivamente desde los años setenta del pasado siglo en la práctica totalidad de los países europeos, incluida España, al amparo de una legislación, primero despenalizadora del mismo, luego, legitimadora. ¿Hay esperanza para afrontar victoriosamente estos tremendos desafíos planteados al hombre y a la sociedad de nuestro tiempo?

¡Sí! En la familia cristiana que persevera en la oración dentro del hogar, unida a la plegaria litúrgica de la Iglesia; que sabe confiarse al amor de María, la Madre de Jesús, el Hijo Unigénito del Padre, desposada con José, Madre de la Iglesia y Madre nuestra: ¡Amor siempre dispuesto a acoger y a escuchar las súplicas de los hijos! Acogidos a ese amor maternal de la Virgen Santísima, invocada en Madrid como Virgen de la Almudena y en España bajo riquísimas y populares advocaciones, las familias cristianas serán y son la esperanza para hoy.
Amén.

Fuente: WEB. URL: <http://porlafamiliacristiana.es/2012/12/30>

A la misma hora en la que se celebraba la misa en Madrid, con motivo de la Fiesta de la Sagrada Familia, en la Ciudad del Vaticano Su Santidad Benedicto XVI, durante el rezo del Ángelus, enviaba el siguiente mensaje a los congregados en la capital de España:

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española presentes en esta oración mariana. Y también, desde aquí, a los numerosos participantes en la Eucaristía que

se celebra en Madrid en esta Fiesta de la Sagrada Familia. Que Jesús, María y José sean un ejemplo de la fe que hace brillar el amor y fortalece la vida de los hogares. Por su intercesión, pidamos que la familia siga siendo un don precioso para cada uno de sus miembros y una esperanza firme para toda la humanidad. Y que el júbilo de compartir la vida al amparo de Dios, que aprendimos de niños de labios de nuestros padres, nos impulse a hacer del mundo un verdadero hogar, un espacio de concordia, solidaridad y respeto mutuo.

Con ese propósito, acudimos a María, nuestra Madre del cielo, para que acompañe a las familias en su vocación de ser una forma entrañable de iglesia doméstica y célula originaria de la sociedad.

Que Dios os bendiga a todos. Feliz domingo.

Fuente: WEB. URL: <http://porlafamiliacristiana.es/2012/12/30>

Por otra parte, la Congregación para la Doctrina de la Fe emitió una extensa nota con indicaciones para el Año de la Fe (Ver Anexo 2). Hoy, según el Artículo 48 de la *Constitución Apostólica sobre la Curia Romana "Pastor bonus"*, promulgada por el Santo Padre Juan Pablo II el 28 de junio de 1988, «la tarea propia de la Congregación para la Doctrina de la Fe es promover y tutelar la doctrina de la fe y la moral en todo el mundo católico. Por esta razón, todo aquello que, de alguna manera toca este tema, cae bajo su competencia».

La familia y la fe

Familia y hogar no son palabras totalmente sinónimas. Hogar añade al concepto de familia el matiz de la existencia concreta, el desarrollo histórico, el crecimiento orgánico. El hogar es la familia haciéndose, encarnándose en multitud de acciones y objetos: las tareas domésticas, las comidas, las costumbres, las tradiciones, las fiestas, la gestión del dinero, las decisiones que se toman, los objetos que se usan, etc. Estos elementos son como órganos de un único cuerpo, que goza de vida y personalidad propias. Los hay accesorios y secundarios, que pueden extirparse en caso de enfermedad, y los hay vitales, sin los cuales la familia muere. Entre estos últimos se encuentra sin duda la educación.

En el hogar, como sabemos, todo tiene virtud educativa, empezando por las tareas domésticas. El hogar es una gran escuela donde las lecciones no solo se escuchan o leen sino que se respiran, se palpan, se gustan, donde maestros –los padres– y alumnos –los hijos– intercambian a diario sus papeles, y donde todas las circunstancias, según como se modelen, pueden formar a la persona o empobrecerla irremisiblemente.

¿Qué se enseña en la familia? En nuestra “sociedad de la información”, donde vivimos tan saturados de noticias e imágenes y donde la comunicación se hace a veces atosigante resulta muy oportuna la distinción entre saber y tener datos. Porque existe, en efecto, una clase de saber irreductible a datos científicos y técnicos, un conocimiento sumamente sutil y trascendental. Esta lección es justamente la que se imparte en el hogar, y los padres son sus maestros.

Ciertamente en el hogar se enseñan cosas. Ahora bien, por encima de todo, lo que se enseña en casa es a ser lo que se debe ser: buena persona. La humanidad es aquí la lección y tarea primordial. Y más en concreto lo que se enseña es a ser tal persona, tal varón o mujer, o sea tú. Para educar hay que avanzar hasta la dimensión espiritual, que

es donde surge la pregunta por el sentido de la vida: ¿qué hago yo aquí?, ¿para qué he nacido?, ¿de dónde vengo?, ¿adónde voy?

La educación en la fe se sitúa en el centro de este plano espiritual, aportando aliento vital, unidad y perspectiva a los demás conocimientos. Por eso es imprescindible educar en la fe y desde la fe, ya sea en la familia como en su prolongación natural, que es la escuela. Obrar así significa no limitarnos a decir al niño lo que es un monte o un lago, sino entregarle un mapa y una brújula para que pueda avanzar por su propio pie.

Si las necesidades de la fe en el desarrollo del niño han sido atendidas adecuadamente durante la niñez y en las etapas juveniles tempranas, la persona comenzará a adoptar una fe afiliativa. Pero, ¿quién enseña en la familia?, ¿quién hace de maestro aquí y en qué medida? Como hemos apuntado más arriba la maestra por antonomasia es la familia misma: ahí radica su peculiar autoridad y su genuina riqueza. Porque la virtud formativa de la familia proviene de ser una comunión de personas, acaso la más perfecta de todas. Una comunión de personas es aquel tipo de unión interpersonal que resulta de aceptarse incondicionalmente sus miembros: no por tener lo que tienen sino ser quienes son, lo cual solo puede ser fruto del amor y del respeto. En la familia cada persona vale no por ser como es sino por ser quien es. Y todo lo que se enseña o aprende en familia está marcado –o debe estarlo– por este principio de aceptación incondicional.

Comunión de personas no es, pues, agregación caótica, sino que implica una estructura concreta, según la cual cada miembro desempeña su función propia. Los padres deben de hacer de tales, e igualmente los hijos. En este sentido educar es tarea que incumbe sobre todo a los padres, pero sin olvidar que todos aprenden de todos, y que los mayores, hasta los abuelos, están en casa en permanente formación.

En la mencionada estructura familiar hay otro rasgo esencial que por desgracia se olvida a menudo: la complementariedad varón-mujer. Esta complementariedad radica en el vínculo matrimonial, origen de cada familia, pero se extiende a todo el hogar enriqueciendo las relaciones entre varón y mujer con el respeto, el pudor y la admiración recíprocos. Esto se manifiesta en la educación de diversos modos. Por ejemplo, los padres constituyen para el niño como un maestro dual: enseñan lo mismo pero de distinto modo. La diferencia y la igualdad se proyectan en la materia misma que se enseña, y en

especial en lo que atañe a Dios. Sería un error, por tanto, que el padre se desentendiera de la catequesis de los niños, o que eludiera por un malentendido pudor el rezar con ellos. Nunca rezar debe parecer “cosa de mujeres”.

¿Cómo se enseña en la familia? El hogar se realiza y expresa mediante una economía de signos. Las “cosas de la casa”, tareas y tradiciones, son encarnación y autoconciencia de la familia. Aquí precisamente es donde engarza la “iglesia doméstica” con la Iglesia universal, haciendo posible un puente pedagógico entre una y otra.

El símbolo es, además, el lenguaje por antonomasia de los niños, y debemos recuperarlo hoy, que tanto se profesa “culto al dato”. El lenguaje simbólico es el encarnado y concreto, se funda en la espiritualidad del cuerpo –o corporeidad del espíritu– que es la primera vivencia del hombre ya en el seno materno. ¿Y qué es el hogar sino la ampliación de ese seno? Después de nacer de la madre todo hombre necesita nacer de nuevo de esa madre grande que es el hogar. Pues en el hogar no solo se nace sino que se aprende a nacer, a permanecer toda la vida en constante nacimiento.

El filósofo griego Sócrates (-470 a -399), maestro de Platón y Jenofonte, entre otros, empleaba como método pedagógico la mayéutica, que es el arte de partear, porque todo educar (de *edúcere*, sacar fuera) es un cierto engendrar; es hacer que el interlocutor salga de sí y se haga consciente de lo que, en cierto modo, ya sabe. En la familia este hacer-salir de la educación tiene, como decimos, un sentido más radical, pues está ligado al alumbramiento corporal. La verdadera educación es prolongación natural del proceso de dar a luz, y se inserta en la llamada socialización primaria; está en continuidad con la leche materna, los primeros pasos, los cuidados higiénicos, la ropa, etc.

Hay que defender, por consiguiente, que el verdadero educar es un alumbrar en el doble sentido de la palabra: no solo dar-luz sino dar-a-luz. Esta idea adquiere toda su dimensión en el plano sobrenatural: la vida cristiana es un estar naciendo en Cristo, del Padre, por el Espíritu Santo. Recordemos a este propósito la conversación con Nicodemo: «En verdad, en verdad te digo que si uno no nace de nuevo, no puede ver el Reino de Dios» (Jn 3, 3).

Este nacer de nuevo se traduce en la práctica en la conversión personal, en la apertura íntima a la gracia divina. Por eso podemos decir que el horizonte de la educación,

su cumplimiento más pleno, es la conversión a Cristo: tiende a alguien, no a algo. El fin del pensar es el amar: en esto radica la belleza de la educación, lo que hace del aprendizaje una aventura ilusionante.

Para provocar tal conversión, sobre todo los padres en sus hijos, el educador cristiano debe convertirse él en primer lugar; solo así su enseñanza se torna creíble y atractiva. Vale más un testigo que un maestro (sobre todo a los ojos de un adolescente). Este planteamiento se resume en la frase de Felipe a su amigo Natanael: «Ven y verás» (Jn 1, 46), que es muy distinto que decir: “quédate y te explicaré”. El amigo –y más aún el hijo– dice sin palabras: “no me expliques cómo es sino llévame adonde está”. La diferencia entre transmitir datos y conducir personas está justamente aquí, y constituye la clave de la autoridad moral. Los oyentes de Jesús lo captaban de inmediato, aunque no entendieran a fondo sus argumentos: quedaban admirados de su doctrina, pues «les enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas» (Mc 1, 22).

Para educar en la fe es necesario que el que enseña y el enseñado se involucren personalmente en este dinamismo, y se apoyen mutuamente en él. Se enseña a creer en Dios creyendo en sí mismo y en los demás por Dios. Como vemos, hacer familia, ser miembro vivo de este cuerpo, comporta una fe al menos humana, que viene confirmada y elevada por la fe sobrenatural que nos llega por la Iglesia y sus sacramentos. Por eso cuando educamos la fe estamos ensanchando la fuente misma de la familia y purificando sus aguas.

Cuando la fe se vive y enseña así, la familia se convierte en zarza ardiente: lugar donde Dios, envolviendo la humilde maleza de la vida cotidiana, se manifiesta y habla. La comparación es apropiada ya que hogar viene de *focus*, fuego. Era el lugar en las casas antiguas que servía al mismo tiempo de cocina, calefacción, luz, y centro de reunión familiar. De la educación depende que el hogar sea efectivamente hoguera, pues la educación no solo acontece en el hogar sino que crea hogar: refuerza los vínculos que unen a sus miembros.

La familia es además iglesia doméstica. Baste decir que Iglesia universal y familia coinciden en ser las dos formas perfectas en que es posible la comunión de personas, fruto del don de sí recíproco. En la familia esto ocurre en un plano natural, haciendo

como de umbral, comienzo y signo de lo que es la Iglesia universal. Por eso, en palabras de Juan Pablo II, «la familia es primera y fundamental realización de la Iglesia» (Mensaje Jornada Mundial de la Juventud 1998, 7).

El niño se abre poco a poco, mediante el lenguaje simbólico, a esta realidad sobrenatural sintiendo la familia de Dios, que es la Iglesia, en continuidad con su familia humana. El *Catecismo de la Iglesia Católica* lo explica del siguiente modo a propósito de la oración: «La familia cristiana es el primer ámbito para la educación en la oración. Fundada en el sacramento del Matrimonio, es la "iglesia doméstica" donde los hijos de Dios aprenden a orar como Iglesia y a perseverar en la oración. Particularmente para los niños pequeños, la oración diaria familiar es el primer testimonio de la memoria viva de la Iglesia que es despertada pacientemente por el Espíritu Santo (CIC, 2685)

Educar sobre la fe, en la fe y con fe. Para concretar lo dicho distingamos los siguientes tres aspectos de la educación. Importa comprender bien la relación entre ellos para cultivarlos armónicamente, ya que los niños perciben con gran lucidez la coherencia de vida en el educador.

- Educar sobre la fe: quiere decir enseñar los rudimentos del dogma y la moral, haciéndolo de modo acomodado a la edad y circunstancias. Se requiere, como sabemos, buena dosis de imaginación, paciencia, sentido del juego, etc., pero también –no los olvidemos– el hábito de escuchar a los pequeños y tomarlos rigurosamente en serio.
- Educar en la fe significa vivir lo que creemos, encarnar lo que profesamos, demostrar que recurrimos a la gracia de Dios habitualmente y que la celebramos con gozo. Las manifestaciones son muy diversas: asistir a misa juntos, confesarnos, rezar en familia alguna oración, por ejemplo el Ángelus, decorar las habitaciones con imágenes de Nuestra Señora, etc. La fe debe ser ambiente que se respira.
- Educar con fe significa creer en las personas: en primer lugar en Nuestro Señor, lógicamente, pero también en aquellos a quienes queremos educar. Necesitamos creer que ese niño al que hablamos madurará, entenderá, se superará, se sacará de dentro a esa persona maravillosa que promete ser, llegará a ser el que Dios quiere. Y también

hemos de creer en nosotros mismos, en que Dios obrará a través de nosotros si le somos dóciles, que hará milagros a pesar de nuestros pecados, que seremos instrumento e imagen de su Hijo si nos fiamos de Él.

En cada familia cristiana, el Año de la fe puede servir para:

- * Hacer reflexionar sobre su misión como transmisoras de la fe.
- * Resaltar el valor de la familia como principal soporte del entramado de la sociedad.
- * Insistir en el papel de los padres como primeros responsables de la educación de la fe de sus hijos.

Recientemente, el cardenal arzobispo de Madrid, Rouco Varela, durante la homilía en la misa de la Fiesta de la Familia, celebrada en Madrid el pasado 30 de diciembre, ha defendido la familia como soporte fundamental para afrontar la crisis actual de fe. Rouco Varela ha señalado que el año 2012 ha sido «crítico y doloroso» y que «las familias cristianas serán y son la esperanza para hoy».

«Solo la familia concebida y vivida en la plenitud de su verdad, como la enseña el lenguaje inequívoco e indestructible de la naturaleza humana, despeja el horizonte de la esperanza para el hombre y la sociedad de nuestro tiempo», dijo Rouco Varela en su homilía en la tradicional Misa de las Familias, que se celebró en la madrileña Plaza de Colón.

En su homilía, centrada en la familia y el matrimonio cristiano, ha apuntado la necesidad urgente de actualizar «la doctrina de la fe sobre la verdad eterna del matrimonio y de la familia». «¡Hoy, quizá, mucho más! Esta verdad del matrimonio cristiano es la verdad de vuestras vidas», dijo dirigiéndose a las familias presentes en la Eucaristía, antes de apostillar: «Ignorarla y, más aún, despreciarla, es poner en juego su misma viabilidad histórica. Sin la verdad del matrimonio, el organismo vivo, que es la sociedad, se desintegraría. Se pondría en peligro el hombre mismo, hecho a imagen y semejanza de Dios».

Rouco afirmó que la fe «clarifica y dignifica las relaciones humanas, y las convierte en cauce de auténtico amor. Amor que una a los hombres como hijos de Dios en la familia, en la sociedad y, por supuesto, en la Iglesia. El amor que hará posible terminar con esas dramáticas situaciones que se derivan de la extrema facilidad con que se llega al divorcio, se rompen las familias y se somete a sus miembros más débiles, a los niños, a una dolorosísima tensión interior».

Un amor, continuó, «dispuesto al socorro y a la ayuda sacrificada y generosa de las familias entre sí y entre sus miembros en las circunstancias tan frecuentes y dolorosas del paro, de las dificultades económicas, morales y espirituales que nos ha tocado vivir. Un amor, que, perseverantemente vivido al calor y con la fuerza de la fe cristiana, hará posible terminar con la estremecedora tragedia del aborto practicado masivamente desde los años 70 del pasado siglo en la práctica totalidad de los países europeos, incluida España, al amparo de una legislación, primero despenalizadora del mismo y, luego, legitimadora».

Para Rouco, «hay esperanza para afrontar victoriosamente estos tremendos desafíos planteados al hombre y a la sociedad». Insistió en la importancia de las familias cristianas y las ha exhortado «a ser fuertes y valientes en la fidelidad y en la renovación constante de un amor fecundo como esposos y padres de familia».

Y más adelante, apostilló: «Seamos fuertes y valientes todos con vosotros en la Comunión de la Iglesia: los Pastores –Obispos y presbíteros–, los consagrados y todos los fieles laicos. Sería una gravísima responsabilidad pastoral y apostólica dejaros solos en esta situación tan dramática, producida por una crisis que os afecta muy directamente en lo económico; pero, sobre todo, en el reconocimiento social, cultural y jurídico que se os debe». Una crisis moral y espiritual que surge y se plantea en sus orígenes como «una crisis de fe con pocos precedentes en la historia de Europa y de España».

En palabras de Juan Pablo II (“*Familiaris Consortio*” nº 17), cada familia cristiana es una «comunidad de vida y de amor» que recibe la misión «de custodiar, revelar y comunicar el amor, como reflejo vivo y participación real del amor de Dios por la Humanidad y del amor de Cristo Señor por la Iglesia su esposa». Para el Santo Padre, la

familia es una comunidad que busca vivir según el evangelio, que vibra con la Iglesia, que reza, que ama.

Para vivir el amor hace falta fundarlo todo en la experiencia de Cristo, en la vida de la Iglesia, en la fe y la esperanza que nos sostienen como católicos.

En las líneas que siguen se hace una reflexión especialmente sobre la responsabilidad que tienen los padres en el cultivo de la fe en la propia familia. No solo respecto de los hijos, sino como pareja, pueden ayudarse cada día a conocer, vivir y transmitir la fe que madura en el amor y lleva a la esperanza. Los hijos también, conforme crecen, se convierten en protagonistas: pueden ayudar y motivar a los padres y a los hermanos para ser cada día más fieles a sus compromisos bautismales.

Entre los muchos caminos que existen para cultivar la fe en familia, nos fijamos ahora en tres: la oración en familia, el estudio de la doctrina católica, y la vida según las enseñanzas de Cristo.

Muchas de las ideas que siguen son simplemente reflexiones. La actitud de fondo que debe acompañarlas, el amor verdaderamente cristiano, da el sentido adecuado a cada una de las acciones que se lleven a la práctica. Un gesto realizado sin profundidad puede secar el alma, puede perder su eficacia. Es posible, sin embargo, iniciar algunos actos sin comprenderlos del todo, pero con el deseo de que nos conduzcan a una actitud profundamente evangélica, a un modo de pensar y de vivir que corresponda plenamente con lo propio de nuestra vocación cristiana.

1. La oración en el ámbito familiar

La oración es para cualquier bautizado lo que es el aire para los seres humanos: algo imprescindible. Aprender a rezar toca a todos: a los padres, en las distintas etapas de su maduración interior; a los hijos, desde pequeños y cuando poco a poco entran en el mundo de los adultos. La oración en la vida familiar tiene diversas formas. El día se inicia con breves oraciones por la mañana. Por ejemplo, los padres pueden levantar a sus hijos con una pequeña jaculatoria; o, después de asearse o antes del desayuno, todos

rezan juntos una pequeña oración (el Padrenuestro, el Ave María, parte de un Salmo, etc.).

Otras plegarias surgen de modo espontáneo, según las necesidades de cada día. La familia reza por la salud de algún familiar o amigo enfermo; el examen de selectividad; por la situación de la fábrica donde trabaja el padre o la madre; por las lluvias necesarias para las cosechas; por el eterno descanso del abuelo... Son muy hermosas aquellas oraciones que recogen la gratitud de todos y de cada uno. O pueden dar gracias por hechos importantes: el amor entre los esposos ha sido bendecido con un nuevo embarazo; acaba de nacer un nuevo sobrino; el abuelo ha superado la pulmonía; un amigo ha ido a encontrarse con Dios...

El clima de oración se prolonga a lo largo del día. Para ello, ayuda mucho crear un hábito de “jaculatorias”, pequeñas oraciones espontáneas que dan un toque religioso a la jornada. “Señor, confío en Ti”. “Creo, Señor, ayúdame a creer”. “Te alabamos, Señor, porque eres bueno”. “Gracias, Señor, por esto y por esto”. “Jesús, manso y humilde de corazón, haz mi corazón semejante al tuyo”...

La hora de comer permite un momento de gratitud y de unión en la familia. ¡Qué hermoso es ver que todos, junto a la mesa, rezan! Algunos hogares recitan el Padrenuestro; en otros, los padres y los hijos se turnan para dirigir una oración espontánea antes de tomar los alimentos.

Otro momento de oración consiste en el rezo del Ángelus (se puede rezar hasta tres veces en la jornada, o si se prefiere al menos a medio día) y del Rosario. Para los niños (y para algunos adultos también), a veces el Rosario resulta un poco largo y aburrido. Los padres pueden ayudar a los hijos a descubrir la belleza de esta sencilla oración, quizá enseñándoles a rezar primero un solo misterio, luego dos, etc., y explicando el sentido de esta hermosa plegaria dirigida a la Madre de Dios y Madre de la Iglesia.

Cuando llega la noche, la familia busca un momento para dar gracias por el día transcurrido, para pedir perdón por las posibles faltas, para suplicar la ayuda que necesitan los de casa y los de fuera, los cercanos y los lejanos. Es muy hermoso, en ese sentido, aprender a rezar por las víctimas de las guerras; de las muertes violentas; por las personas que pasan hambre; por los que viven sin esperanza y sin Dios.

La oración constante ha permitido a la familia, pequeños y mayores, descubrir que la jornada, desde que amanece hasta la hora de dormir, tiene sentido desde Dios y hacia Dios. Todo ello prepara a vivir a fondo los momentos más importantes para todo católico: los Sacramentos. Si el Sacramento de la Eucaristía es el centro de la vida cristiana, también debe serlo en el hogar. La familia necesita descubrir la belleza del domingo, la maravilla de la misa, la importancia de escuchar la Palabra de Dios, la participación consciente y activa en los ritos.

Participar juntos, como familia, en la misa del domingo es una tradición que vale la pena conservar. También cuando los hijos son pequeños. Los padres pueden enseñarles, poco a poco, el sentido de cada rito, las posturas que hay que adoptar, el respeto que merece la Casa de Dios. Son cosas que luego quedan grabadas en los corazones y en el recuerdo para toda la vida.

La semana se vive de un modo distinto si arranca del domingo y desemboca en el domingo. Durante la semana, la familia busca vivir aquello que ha escuchado, que ha vivido en la celebración eucarística dominical. A la vez, se prepara con el pasar de los días para el encuentro íntimo y personal con Cristo que tendrá lugar, Dios mediante, el domingo siguiente.

Es muy provechoso, entre semana, recordar en casa cuál fue la lectura del evangelio del domingo anterior, o dar pistas para abrirse a los textos sagrados que serán leídos el domingo siguiente.

Además de buscar maneras para vivir mejor la Eucaristía, también es hermoso recordar el aniversario del bautismo de cada miembro de la familia. Si celebramos el nacimiento, ¿por qué no celebrar también el día en que empezamos a ser hijos de Dios y miembros de la Iglesia? Algo parecido podría hacerse con la confirmación, un sacramento que debemos valorar en toda su riqueza y que debemos tener muy presente en un mundo hostil al evangelio.

En cuanto al matrimonio, el aniversario de bodas suele ser recordado por muchas familias católicas, incluso con la ayuda de algún día de retiro espiritual. En ese día, los esposos pueden renovar sus promesas matrimoniales, o hacer un momento de oración familiar con los hijos, quizá con la lectura en común de algún texto bíblico.

Un sacramento que merece ser vivido por todos los miembros de la familia es el de la confesión. Los niños quedan muy impresionados cuando ven a sus padres pedir perdón, de rodillas, en un confesionario. No es correcto, desde luego, recurrir a presiones para que se confiesen. Pero sí es hermoso enseñarles lo que es el pecado, lo grande que es la misericordia divina, y cómo la Iglesia pide que nos confesemos con frecuencia para recibir el perdón por nuestros pecados.

Un ámbito de la oración familiar se construye con la ayuda de imágenes de devoción. No basta con colocar aquí o allá un crucifijo, una imagen de la Virgen o la estampa de algún santo. La imagen tiene sentido solo si evoca y eleva los corazones a la oración y a la confianza en un Dios que está muy presente en la historia humana.

En algunos hogares existe un cuartito en el que se encuentra una especie de “altar de la familia”, donde todos se reúnen algún momento del día para rezar juntos, o donde cada uno puede dedicar un rato durante el día para meditar el evangelio y dialogar de modo personal con Cristo. La tradición es hermosa, pues así es posible tener un lugar concreto donde todo ayuda a pensar en el Dios que tanto nos ama.

Existen otros modos para fomentar la oración en familia que se refieren a los tiempos litúrgicos. Por ejemplo, preparar un Belén en casa y tener ante el mismo momentos de oración y de cantos; ayudarse de la “Corona de Adviento” o de otras iniciativas parecidas para prepararse a la Navidad; dar un especial relieve a la Cuaresma como tiempo de oración, limosna y sacrificio; participar intensamente en la Semana Santa, de forma que permita a todos unirse íntimamente a Cristo; descubrir en familia el sentido gozoso de la Pascua y de Pentecostés, que ayude a participar del triunfo de Cristo y a descubrir la presencia del Espíritu Santo en lo más íntimo del corazón cristiano.

2. Aprender la fe en familia

Vivir en un clima continuo de oración abre los corazones al mundo divino. Esa apertura necesita ir acompañada por el estudio de todos, tanto de los padres como de los hijos, para conocer a fondo el gran regalo de la fe católica. Los modos para lograrlo son muchos. La lectura y el estudio de la Biblia, especialmente de los Evangelios, resultan

un momento esencial para conocer la propia fe. Para ello, hace falta recibir una buena introducción, sea a través de cursos en la parroquia, sea a través de la lectura de libros de autores católicos fieles al Papa y a los obispos. San Agustín daba estos consejos a los lectores de la Sagrada Biblia: «Cuantos temen a Dios y por la piedad son mansos, buscan en todos estos libros la voluntad de Dios. (...) Después se ha de investigar ya más solícita y cuidadosamente lo que en ellos claramente se dice, ya sean reglas de vida, ya reglas de fe, y en esto tanto más podrá hallar cada uno cuanto mayor capacidad de entender tenga, pues en esto que claramente se dice en las Escrituras está cuanto pertenece a la fe y a las costumbres de vida; es decir, a la esperanza y a la caridad» (Nácar y Colla, 1965, XX).

De un modo más concreto, la familia en su conjunto o cada uno (según la propia edad) puede encontrar un momento al día para leer una parte de la Sagrada Biblia. No se trata de una lectura simplemente informativa. Se trata de preguntarse, sencillamente, en un clima de oración: ¿qué quiere decirme Cristo con este texto?, ¿cómo ilumina mi vida?, ¿cómo puedo ser mejor persona?

Junto a la lectura de la Biblia, es necesario estudiar y conocer el *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica* y, si fuera posible, también el mismo *Catecismo de la Iglesia Católica*. El primero debería ser leído por los padres y, en la medida en que van creciendo, por los hijos. El segundo puede servir para ir más a fondo sobre temas importantes o ante dudas que puedan surgir.

La lectura del *Catecismo* permite conocer la fe católica en sus aspectos más importantes. Además, une a la familia con toda la Iglesia, al acercarse todos y cada uno a aquellas enseñanzas que nos permiten tener vivos y actualizados contenidos que no son simple “doctrina”, sino que nos ponen en contacto con Cristo y con el Papa, los obispos, los sacerdotes y los demás creyentes.

A través de estas lecturas, los padres estarán preparados para enseñar la doctrina católica en casa, si esto fuera posible. Si los hijos van a clases de catecismo en la parroquia o reciben clases de religión en la escuela, los padres ayudarán mucho a sus hijos para ver si han entendido bien, si tienen dudas. Les preguntarán los temas que están

aprendiendo, no para “controlar”, sino para saber por dónde van en la catequesis y así ayudarles a vivir lo que les explicaron.

Por desgracia, en algunos lugares no se ofrece una buena enseñanza del catecismo a los niños. En otros, incluso, se les enseña ideas equivocadas. Toca a los padres velar para que la doctrina recibida por los hijos corresponda a lo que nos enseña la Iglesia y está contenido en el *Catecismo*. Si hace falta, pueden avisar al párroco de los errores que reciben sus hijos, o incluso al obispo, para que no se ofrezcan, bajo la apariencia de una “catequesis”, ideas confusas o contenidos claramente ajenos a nuestra fe católica.

Hemos mencionado la importancia de conocer a fondo la Biblia y el Catecismo. El estudio de la propia fe se enriquece a través de buenos libros, adaptados a cada edad. Unos serán cuentos navideños; otros ofrecerán consejos para los adolescentes; otros irán más a fondo sobre temas de fe, de ciencia, de moral.

Dos particulares ámbitos formativos se encuentran en los modernos medios de comunicación. Tenemos, en primer lugar, a los medios “clásicos” de noticias (televisión, radio, prensa). La familia no puede olvidar que en los mismos se ofrecen valoraciones sobre los hechos religiosos llenas de distorsiones o, incluso, de mentiras solapadas. Otras veces se escogen unos temas y se ocultan otros que tienen gran importancia para la vida de la Iglesia. Los padres deben conocer estos peligros y hacerlos presentes a sus hijos.

En segundo lugar, tenemos el mundo informático, especialmente Internet (aunque no solo). También aquí reina un enorme caos, y los temas religiosos son tratados en algunas páginas con mucha superficialidad, si es que no se cae en manipulaciones grotescas.

Los padres están llamados a educar a los hijos para tener un sano espíritu crítico. No se trata de aislarlos (hay temas que, a base de presión informativa, se convierten casi en “obligados”), pero sí de guiarlos para saber que no todo lo que se dice por ahí es verdad, y para comprender que los medios de comunicación no permiten alcanzar una imagen exacta de la Iglesia y de la vida ejemplar de miles y miles de buenos católicos.

3. Vivir el evangelio en familia

«Una fe sin obras», nos recuerda la Carta de Santiago, «es estéril» (cf. Sant. 2, 20). «No entra en el Reino de los cielos el que dice Señor, Señor», sino el que cumple la Voluntad del Padre» (cf. Mt 7, 21).

La familia que reza, la familia que estudia su fe, también sabe vivir aquello que ha llevado a la oración, busca aplicar lo que ha conocido gracias a la bondad del Padre que nos ha hablado en su Hijo. La mejor escuela para vivir como cristianos es la familia. Las indicaciones que podrían ofrecerse son muchísimas, como son muchas las enseñanzas morales que encontramos en la Biblia (los diez Mandamientos, el Sermón de la montaña, etc.) y que la Iglesia nos explica en la Tercera Parte del Catecismo. Como un resumen, el Catecismo enumera las 14 “obras de misericordia” (7 corporales y 7 espirituales) que ilustran ampliamente cuál es el modo de vivir según el evangelio.

Para concretar un poco más cómo vivir evangélicamente, enumeremos algunos ámbitos en los que la familia se hace educadora en el arte de actuar como cristianos auténticos. El primer ámbito, desde luego, es el de la propia familia. Vivir el evangelio implica crear un clima en el hogar en el que se lleva a la práctica el principal mandamiento: la caridad. El amor debe ser el criterio para todo y para todos.

Ese amor se aprende, se hace vida, cuando los hijos ven cómo se tratan sus padres. Si los padres se aman profundamente, si saben darse el uno al otro como Cristo se dio por la Iglesia (cf. Ef 5, 21-33), si saben perdonar hasta 70 veces 7 (cf. Mt 18, 22), si ayudan al peregrino, al hambriento, al sediento, al desnudo, al enfermo, al encarcelado (cf. Mt 25, 33-40)... los hijos habrán encontrado en la familia un auténtico “evangelio vivo”. Aprenderán entonces a dar gracias, a ayudar al necesitado, a compartir sus objetos personales, a escuchar a quien desea hablar, a dar un consejo a quien tenga dudas (de matemáticas o de fe...).

La caridad debe ser el criterio para lo que uno hace y para lo que uno deja de hacer. Por ello, la misma caridad lleva al católico a mortificar los apetitos de la carne, a controlar las propias pasiones, a huir de aquellos estilos de vida que nos atan al mundo, que nos llevan al egoísmo y a alejarnos de Dios y del prójimo.

No hay verdadera vida cristiana allí donde no hay abnegación. Hay vida cristiana allí donde cada uno renuncia al propio “yo”, cuando aprende a desapegarse de lo material para abrirse confiadamente a la providencia del Padre de los cielos.

Aprender lo anterior resulta clave para lograr una familia auténticamente cristiana. ¿De qué manera puede conocer un hijo cómo se vive el evangelio si ve en sus padres rencillas, malas palabras, afición por el dinero, críticas continuas a otros familiares o conocidos? Al revés, el hogar en el que Cristo ha entrado realmente en los corazones se convierte en un continuo testimonio de aquella caridad que nos plasmó el Espíritu Santo en 1 Cor. 13.

Un “capítulo” que resulta no fácil se refiere a modos de comportarse y de vestir, a diversiones, a objetos de uso. La sociedad crea necesidades y los hijos sienten una presión enorme que les hace desear lo que tienen otros y hacer lo que “todos hacen”. Los padres de familia sabrán discernir entre cosas sanas (como deportes no peligrosos y capaces de promover un buen espíritu de equipo) y “necesidades” que son falsas y que pueden llevar a los hijos a la ruina personal, incluso a la triste desgracia del pecado. Luchar contra corriente puede parecer duro, pero vale la pena si tenemos ante los ojos el premio que nos espera: la amistad con Cristo.

El segundo ámbito para vivir evangélicamente surge cuando la familia se abre a los demás. Tratamos con personas muy distintas en las mil encrucijadas de la vida. El corazón que aprende a vivir como cristiano descubre en cada uno la presencia del Amor del Padre, el deseo de Cristo de acogerlo en el número de los amigos, la acción del Espíritu Santo que susurra en los corazones y que los guía hacia la Verdad completa.

Un cristiano necesita ver a todos “con los ojos de Cristo” (cf. Benedicto XVI, encíclica *Deus caritas est* n. 18). Porque lo que se hace al hermano más pequeño es hecho al mismo Cristo (cf. Mt 25, 40). Porque todos estamos invitados a ofrecer y a recibir cariño. Porque no hay amor más grande que el de dar la vida los unos por los otros (cf. 1 Jn 3, 16). Esta actitud se plasma en actos concretos, que van desde el “enseñar al que no sabe” (las obras de misericordia espirituales) hasta el “visitar y cuidar a los enfermos” (las obras de misericordia corporales).

Es importante lo que uno hace por el necesitado, y es importante la actitud con la que se hace. Sirve de muy poco una limosna hecha con un rostro apático. En cambio, muchas veces llega más al corazón necesitado una mirada llena de afecto que la medicina regalada (desde luego, hay que velar también para que el enfermo tenga sus medicinas...). Los hijos que ven en sus padres actitudes profundas y gestos sinceros de amor al prójimo aprenden, más allá de las palabras, lo que significa ver a Cristo en los hermanos.

Vivir el evangelio llega hasta el heroísmo de amar al propio enemigo (cf. Mt 5, 43-48). Hay hogares en los que nunca se escucha una palabra de odio o de amargura hacia quienes ofendieron en el pasado (quizá un pasado muy reciente) a alguno de los miembros de la familia. Incluso hay hogares en los que los hijos admiran a sus padres cuando saben acoger, con los brazos abiertos, a alguien que les hizo daño. La actitud profunda de amor a los otros lleva al apostolado, al compromiso continuo por conseguir que muchos hombres y mujeres lleguen a conocer a Cristo.

Es muy hermoso, en ese sentido, descubrir a familias que se convierten en “misioneras”. Saben comunicar, con su testimonio y con palabras oportunas, que Dios ama a todos, que Cristo ofrece la Salvación, que la Iglesia es la barca regalada por Dios para acometer la travesía que nos lleva a la Patria eterna.

A modo de conclusión

En el "V Encuentro Mundial de las Familias", que tuvo lugar en Valencia (8 de julio de 2006), el papa Benedicto XVI recordaba lo siguiente: «Transmitir la fe a los hijos, con la ayuda de otras personas e instituciones como la parroquia, la escuela o las asociaciones católicas, es una responsabilidad que los padres no pueden olvidar, descuidar o delegar totalmente». El Papa añadía, de un modo muy hermoso y comprometedor, que «la criatura concebida ha de ser educada en la fe, amada y protegida. Los hijos, con el fundamental derecho a nacer y ser educados en la fe, tienen derecho a un hogar que tenga como modelo el de Nazaret y sean preservados de toda clase de insidias y amenazas».

Cuando un hijo pequeño empieza a preguntar a sus padres cómo es Dios, surge en algunos hogares una cierta inquietud: ¿estaremos preparados para introducir al hijo en el mundo del evangelio?, ¿seremos capaces de ofrecer a los hijos un hogar semejante al de Nazaret? Las preguntas inocentes del niño pueden convertirse en una ayuda providencial por la que Dios se vale para mover a los padres a elevar una oración confiada, para abrirse a la ayuda divina a la hora de afrontar con mayor entusiasmo sus compromisos como esposos llamados a la tarea de educar a los hijos en la fe.

No tenemos una fe reñida con la inteligencia. Es más sabio confiar en el poder y la veracidad del Dios Creador que en la inteligencia humana. No se vive sin fe. La fe es el conocimiento del significado de la vida humana. La fe es la fuerza de la vida. Si el hombre vive es porque cree en algo. Aquel que tiene fe no está nunca solo. La fe es un oasis en el corazón, que nunca será alcanzado por el torbellino del pensamiento.

Según Su Santidad Juan Pablo II: «La fe, además de conocerla, hay que vivirla». Para Santo Tomás de Aquino, «la fe se refiere a cosas que no se ven, y la esperanza, a cosas que no están al alcance de la mano».

A la vida eterna se entra por la fe, y esta fe consiste en *creer*, en dar crédito al testimonio de Jesucristo, en reconocerle por el Mesías verdadero e Hijo de Dios. Está claro que desde los primeros siglos los Padres de la Iglesia enseñan que el motivo y la razón propia y característica de la fe es el testimonio autorizado de Dios.

Que la fe estricta es necesaria para la salvación es una verdad de fe, que no puede suplirse de otra manera, ya que es doctrina moralmente cierta. San Pablo, en su *Epístola a los Hebreos* (v. 6) dice: «El que se llega a Dios debe creer que Dios existe y que es remunerador».

La fe cristiana ha contribuido a la formación moral de nuestras sociedades y culturas. En todas partes encontramos las creencias de la fe cristiana: nuestras sucesivas Constituciones, códigos legales, tradiciones y costumbres populares... Como muy bien afirma Oviedo Torró (2002: 11): «La fe cristiana vive un momento de grandísima importancia en el mundo occidental. (...) De hecho son muchos los síntomas que hablan de un renovado interés religioso o de cambios de actitudes en torno a la fe, de búsquedas de trascendencia frente al cansancio ante las promesas modernas incumplidas».

Podemos concluir que son materia de fe divina todas y solas aquellas verdades que han sido reveladas por Dios. En materia de fe, el creyente ha de tener una idea justa y verdadera de los misterios que cree. Esta fe es un asentimiento que se funda en la sabiduría y en la veracidad del Maestro divino cuyas enseñanzas Dios aprueba y confirma. Según San Pablo, la razón propia y específica de la fe es el testimonio y la autoridad de Dios. Y, para terminar, reproducimos las palabras de la Beata Madre Teresa de Calcuta que hablan de la fe y con las que empezábamos este trabajo:

El fruto del silencio es la oración.

El fruto de la oración es la fe.

El fruto de la fe es el amor.

El fruto del amor es el servicio.

El fruto del servicio es la paz.

Anexos

Anexo 1

INDULGENCIA PLENARIA POR EL AÑO DE LA FE

Ciudad del Vaticano, 5 octubre 2012

Benedicto XVI concederá a los fieles la indulgencia plenaria con motivo del Año de la Fe que será válida desde su apertura (11 de octubre de 2012 hasta su clausura, 24 de noviembre de 2013), según informa el decreto hecho público firmado hoy por el cardenal Manuel Monteiro de Castro y por el obispo Krzysztof Nykiel, respectivamente Penitenciario Mayor y Regente de la Penitenciaría Apostólica.

En el día del cincuenta aniversario de la solemne apertura del Concilio Vaticano II, Su Santidad Benedicto XVI ha establecido el inicio de un Año particularmente dedicado a la profesión de la Fe verdadera y a su recta interpretación, con la lectura o, mejor, la piadosa meditación de los Actos del Concilio y de los artículos del *Catecismo de la Iglesia Católica*.

Ya que se trata, ante todo, de desarrollar en grado sumo –por cuanto sea posible en esta tierra– la santidad de vida y de obtener, por lo tanto, en el grado más alto la pureza del alma, será muy útil el gran don de las indulgencias que la Iglesia, en virtud del poder conferido de Cristo, ofrece a cuantos que, con las debidas disposiciones, cumplen las prescripciones especiales para conseguirlas.

Durante todo el tiempo del Año de la Fe –del 11 de octubre de 2012 al 24 de noviembre de 2013– los fieles podrán conseguir la indulgencia plenaria de la pena temporal por los propios pecados impartida por la misericordia de Dios, aplicable en sufragio de las almas de los fieles difuntos, todos los fieles verdaderamente

arrepentidos, debidamente confesados, que hayan comulgado sacramentalmente y que recen según las intenciones del Pontífice:

- A) Cada vez que participen al menos en tres momentos de predicación durante las Sagradas Misiones, o al menos, en tres lecciones sobre los Actos del Concilio Vaticano II y sobre los artículos del Catecismo de la Iglesia en cualquier iglesia o lugar idóneo.
- B) Cada vez que visiten en peregrinación una basílica papal, una catacumba cristiana o un lugar sagrado designado por el Ordinario del lugar para el Año de la Fe (por ejemplo basílicas menores, santuarios marianos o de los apóstoles y patronos) y participen en una ceremonia sacra o, al menos, se recojan durante un tiempo en meditación y concluyan con el rezo del Padre nuestro, la Profesión de fe en cualquier forma legítima, las invocaciones a la Virgen María y, según el caso, a los santos apóstoles o patronos.
- C) Cada vez que en los días determinados por el Ordinario del lugar para el Año de la Fe, participen en cualquier lugar sagrado en una solemne celebración eucarística o en la liturgia de las horas, añadiendo la Profesión de fe en cualquier forma legítima.
- D) Un día, elegido libremente, durante el Año de la Fe, para visitar el baptisterio o cualquier otro lugar donde recibieron el sacramento del Bautismo, si renuevan las promesas bautismales de cualquier forma legítima.

Los obispos diocesanos y los que están equiparados a ellos por derecho, en los días oportunos o con ocasión de las celebraciones principales, podrán impartir la Bendición Papal con la Indulgencia plenaria a los fieles.

El documento concluye recordando que los fieles que "por enfermedad o justa causa" no puedan salir de casa o del lugar donde se encuentren, podrán obtener la

indulgencia plenaria, si “unidos con el espíritu y el pensamiento a los fieles presentes, particularmente cuando las palabras del Sumo Pontífice o de los obispos diocesanos se transmitan por radio o televisión, recen, allí donde se encuentren, el Padre nuestro, la Profesión de fe en cualquier forma legítima y otras oraciones conformes a la finalidad del Año de la Fe ofreciendo sus sufrimientos o los problemas de su vida”.

Anexo 2

CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE

Nota con indicaciones pastorales para el Año de la fe

Introducción

Con la Carta apostólica *Porta fidei*, del 11 de octubre de 2011, el Santo Padre Benedicto XVI ha proclamado un Año de la fe, que comenzará el 11 de octubre de 2012, en el quincuagésimo aniversario de la apertura del Concilio Ecuménico Vaticano II y concluirá el 24 de noviembre de 2013, solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo.

Ese año será una ocasión propicia para que todos los fieles comprendan con mayor profundidad que el fundamento de la fe cristiana es «el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» [1]. Fundada en el encuentro con Jesucristo resucitado, la fe podrá ser redescubierta integralmente y en todo su esplendor. «También en nuestros días la fe es un don que hay que volver a descubrir, cultivar y testimoniar. Que en esta celebración del Bautismo el Señor nos conceda a todos la gracia de vivir la belleza y la alegría de ser cristianos» [2].

El comienzo del Año de la fe coincide con el recuerdo agradecido de dos grandes eventos que han marcado el rostro de la Iglesia de nuestros días: los cincuenta años pasados desde la apertura del Concilio Vaticano II por voluntad del Beato Juan XXIII (el 1

de octubre de 1962) y los veinte años desde la promulgación del *Catecismo de la Iglesia Católica*, legado a la Iglesia por el Beato Juan Pablo II (11 de octubre de 1992).

Según las palabras del Papa Juan XXIII, el Concilio ha querido «transmitir pura e íntegra, la doctrina, sin atenuaciones ni deformaciones» comprometiéndose a que «esta doctrina, cierta e inmutable, que debe ser fielmente respetada, sea profundizada y presentada de manera que corresponda a las exigencias de nuestro tiempo» [3]. En este sentido, continúa siendo de crucial importancia la afirmación inicial de la Constitución dogmática *Lumen gentium*: «Cristo es la luz de los pueblos. Por ello este sacrosanto Sínodo, reunido en el Espíritu Santo, desea ardientemente iluminar a todos los hombres, anunciando el evangelio a toda criatura (cf. Mc 16,15) con la claridad de Cristo, que resplandece sobre la faz de la Iglesia» [4]. Desde la luz de Cristo que purifica, ilumina y santifica en la celebración de la sagrada liturgia (cf. Constitución *Sacrosanctum Concilium*), y con su palabra divina (cf. Constitución dogmática *Dei Verbum*) el Concilio ha querido ahondar en la naturaleza íntima de la Iglesia (cf. Constitución dogmática *Lumen gentium*) y su relación con el mundo contemporáneo (cf. Constitución pastoral *Gaudium et Spes*). Alrededor de sus cuatro Constituciones, verdaderos pilares del Concilio, se agrupan las Declaraciones y Decretos, que abordan algunos de los principales desafíos de nuestro tiempo.

Después del Concilio, la Iglesia ha trabajado para que sus ricas enseñanzas sean recibidas y aplicadas en continuidad con toda la Tradición y bajo la guía segura del Magisterio. Para facilitar la correcta recepción del Concilio, los Sumos Pontífices han convocado reiteradamente el Sínodo de los Obispos [5], instituido por el Siervo de Dios Pablo VI en 1965, proponiendo a la Iglesia directrices claras a través de las diversas Exhortaciones apostólicas post-sinodales. La próxima Asamblea General del Sínodo de los Obispos, en octubre de 2012, tendrá como tema: La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana.

Desde el comienzo de su pontificado, el Papa Benedicto XVI se ha comprometido firmemente en procurar una correcta comprensión del Concilio, rechazando como errónea la llamada «hermenéutica de la discontinuidad y de la ruptura», y promoviendo la que él mismo ha llamado ‘hermenéutica de la reforma’, de la renovación dentro de la

continuidad del único sujeto-Iglesia, que el Señor nos ha dado; es un sujeto que crece en el tiempo y se desarrolla, pero permaneciendo siempre el mismo, único sujeto del pueblo de Dios en camino» [6].

El *Catecismo de la Iglesia Católica*, colocándose en esta línea, por un lado se presenta como un «auténtico fruto del Concilio Vaticano II» [7], y por otro intenta favorecer su acogida. El Sínodo Extraordinario de los Obispos de 1985, convocado con ocasión del vigésimo aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II y para hacer un balance de su recepción, sugirió la preparación de este Catecismo para ofrecer al pueblo de Dios un compendio de toda la doctrina católica y un texto de referencia segura para los catecismos locales. El Papa Juan Pablo II aceptó esta propuesta como un deseo de «responder plenamente a una necesidad real de la Iglesia universal y las Iglesias particulares» [8]. Redactado en colaboración con todo el episcopado de la Iglesia Católica, este Catecismo «manifiesta de verdad una cierta ‘sinfonía’ de la fe» [9].

El *Catecismo* presenta «lo nuevo y lo viejo (cf. Mt 13, 52), dado que la fe es siempre la misma y, a la vez, es fuente de luces siempre nuevas. Para responder a esa doble exigencia, el *Catecismo de la Iglesia Católica*, por una parte, toma la estructura “antigua”, tradicional, ya utilizada por el catecismo de san Pío V, articulando el contenido en cuatro partes: Credo; Sagrada Liturgia, con los sacramentos en primer lugar; el obrar cristiano, expuesto a partir del Decálogo; y, por último, la oración cristiana. Con todo, al mismo tiempo, el contenido se expresa a menudo de un modo “nuevo”, para responder a los interrogantes de nuestra época» [10]. Este *Catecismo* es «un instrumento válido y legítimo al servicio de la comunión eclesial, y una regla segura para la enseñanza de la fe» [11]. Allí se hallan «los contenidos fundamentales de la fe, sintetizados sistemática y orgánicamente. En efecto, en él se pone de manifiesto la riqueza de la enseñanza que la Iglesia ha recibido, custodiado y ofrecido en sus dos mil años de historia. Desde la Sagrada Escritura a los Padres de la Iglesia, de los Maestros de teología a los Santos de todos los siglos, el Catecismo ofrece una memoria permanente de los diferentes modos en que la Iglesia ha meditado sobre la fe y ha progresado en la doctrina, para dar certeza a los creyentes en su vida de fe» [12].

El Año de la fe desea contribuir a una renovada conversión al Señor Jesús y al redescubrimiento de la fe, de modo que todos los miembros de la Iglesia sean para el mundo actual testigos gozosos y convincentes del Señor resucitado, capaces de señalar la “puerta de la fe” a tantos que están en búsqueda de la verdad. Esta “puerta” abre los ojos del hombre para ver a Jesucristo presente entre nosotros «todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20). Él nos enseña cómo «el arte del vivir» se aprende «en una relación intensa con él» [13]. «Con su amor, Jesucristo atrae hacia sí a los hombres de cada generación: en todo tiempo, convoca a la Iglesia y le confía el anuncio del evangelio, con un mandato que es siempre nuevo. Por eso, también hoy es necesario un compromiso eclesial más convencido en favor de una nueva evangelización para redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe» [14].

Por encargo del Papa Benedicto XVI [15], la Congregación para la Doctrina de la Fe, de acuerdo con los Dicasterios competentes de la Santa Sede y con la contribución de la Comisión para la preparación del Año de la fe [16], ha escrito esta Nota con indicaciones para vivir este tiempo de gracia, las cuales no excluyen otras propuestas que el Espíritu Santo quiera suscitar entre los pastores y fieles de distintas partes del mundo.

Indicaciones

«Sé en quien he puesto mi confianza» (2 Tim 1, 12): estas palabras de San Pablo nos ayudan a comprender que la fe «es ante todo una adhesión personal del hombre a Dios; es al mismo tiempo e inseparablemente el asentimiento libre a toda la verdad que Dios ha revelado» [17]. La fe como confianza personal en el Señor y la fe que profesamos en el Credo son inseparables, se evocan y exigen mutuamente. Hay un fuerte vínculo entre la fe vivida y sus contenidos: la fe de los testigos y confesores es también la fe de los apóstoles y doctores de la Iglesia.

En este sentido, las siguientes indicaciones para el Año de la fe tienen el objetivo de favorecer el encuentro con Cristo a través de testigos auténticos de la fe y aumentar el conocimiento de sus contenidos. Se trata de propuestas que tienen la intención de solicitar una respuesta eclesial ante la invitación del Santo Padre, para vivir en plenitud

este año como un especial «tiempo de gracia» [18]. El redescubrimiento gozoso de la fe también ayudará a consolidar la unidad y la comunión entre las distintas realidades que conforman la gran familia de la Iglesia.

I. En el ámbito de Iglesia universal

1. El principal evento al comienzo del Año de la fe será la XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, convocada por el Papa Benedicto XVI para el mes de octubre de 2012 y dedicada al tema de La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana. Durante el Sínodo, el 11 de octubre de 2012 tendrá lugar una solemne celebración para dar inicio al Año de la fe, en recuerdo del quincuagésimo aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II.

2. En el Año de la fe hay que alentar las peregrinaciones de los fieles a la Sede de Pedro, para profesar la fe en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, uniéndose a aquél que hoy está llamado a confirmar en la fe a sus hermanos (cf. Lc 22, 32). Será importante también fomentar las peregrinaciones a Tierra Santa, el lugar que tuvo la primicia de conocer a Jesús, el Salvador, y a María, su Madre.

3. Durante este año será útil invitar a los fieles a dirigirse, con particular devoción a María, imagen de la Iglesia, que «reúne en sí y refleja en cierto modo las supremas verdades de la fe» [19]. Por lo tanto, se debería alentar toda iniciativa que ayude a los fieles a reconocer el papel especial de María en el misterio de la salvación, a amarla filialmente y a imitar su fe y virtud. Para ello será muy conveniente organizar peregrinaciones, celebraciones y reuniones en los principales santuarios.

4. La próxima Jornada Mundial de la Juventud de Río de Janeiro, en julio de 2013, ofrecerá a los jóvenes una ocasión privilegiada para experimentar el gozo que proviene de la fe en el Señor Jesús y de la comunión con el Santo Padre, en la gran familia de la Iglesia.

5. Al respecto, sería conveniente la realización de simposios, congresos y reuniones de gran escala, incluso a nivel internacional, que favorezcan la comunicación de auténticos testimonios de la fe y el conocimiento de los contenidos de la doctrina de la Iglesia Católica. Demostrando que también hoy la Palabra de Dios sigue creciendo y diseminándose, es importante que se dé testimonio de que en Jesucristo «encuentra su cumplimiento todo afán y todo anhelo del corazón humano» [20] y que la fe «se convierte en un nuevo criterio de pensamiento y de acción que cambia toda la vida del hombre» [21]. Algunos congresos serán especialmente dedicados al redescubrimiento de las enseñanzas del Concilio Vaticano II.

6. El Año de la fe ofrecerá a todos los creyentes una buena oportunidad para profundizar en el conocimiento de los principales documentos del Concilio Vaticano II y el estudio del *Catecismo de la Iglesia Católica*. Esto vale particularmente para los candidatos al sacerdocio, en especial durante el año propedéutico o los primeros años de estudios teológicos, para los novicios y novicias de los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, así como para aquellos que se preparan a entrar en una Asociación o Movimiento eclesial.

7. Este año será una ocasión propicia para acoger con mayor atención las homilías, catequesis, discursos y otras intervenciones del Santo Padre. Los pastores, personas consagradas y fieles laicos serán invitados a un renovado compromiso de adhesión eficaz y cordial a la enseñanza del Sucesor de Pedro.

8. Durante el Año de la fe, en colaboración con el Pontificio Consejo para la Unidad de los Cristianos, se esperan iniciativas ecuménicas dirigidas a invocar de Dios y favorecer «la restauración de la unidad entre todos los cristianos», que «es uno de los fines principales que se ha propuesto el Sacrosanto Concilio Vaticano II» [22]. En particular, tendrá lugar una solemne celebración ecuménica para reafirmar la fe en Cristo de todos los bautizados.

9. En el Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización será establecida una secretaría especial para coordinar las diversas iniciativas sobre el Año de la fe promovidas por los distintos Dicasterios de la Santa Sede o que de todos modos sean relevantes para la Iglesia universal. Será conveniente que con tiempo se informe a esta secretaría sobre los principales eventos que se organicen y también podrá sugerir iniciativas apropiadas. La secretaría abrirá un sitio especial en Internet, para proporcionar información útil para vivir de manera efectiva el Año de la fe.

10. Al final de este año, en la Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo, tendrá lugar una Eucaristía celebrada por el Santo Padre, en el que se renovará solemnemente la profesión de fe.

II. En el ámbito de las Conferencias Episcopales [23]

1. Las Conferencias Episcopales podrán dedicar una jornada de estudio al tema de la fe, de su testimonio personal y de su transmisión a las nuevas generaciones, de acuerdo con la misión específica de los Obispos como maestros y «pregoneros de la fe» [24].

2. Será útil favorecer la reedición de los Documentos del Concilio Vaticano II, del *Catecismo de la Iglesia Católica* y de su *Compendio*, en ediciones económicas y de bolsillo, y su más amplia difusión con el uso de medios electrónicos y modernas tecnologías.

3. Se espera que se renueve el esfuerzo para traducir los documentos del Concilio Vaticano II y del *Catecismo de la Iglesia Católica* a los idiomas que aún no cuentan con traducción propia. Hay que alentar iniciativas de apoyo caritativo a las traducciones a las lenguas locales de los territorios de misión cuyas Iglesias particulares no puede sostener tales gastos. Esto podrá llevar a cabo bajo la dirección de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos.

4. Los pastores, aprovechando los nuevos lenguajes de la comunicación, se esfuercen por promover transmisiones televisivas o radiofónicas, películas y publicaciones, incluso a nivel popular, accesibles a un público amplio, sobre el tema de la fe, sus principios y contenidos, así como la importancia eclesial del Concilio Vaticano II.
5. Los santos y beatos son los auténticos testigos de la fe [25]. Por lo tanto, será conveniente que las Conferencias Episcopales se esfuercen por dar a conocer los santos de su territorio, usando incluso los medios modernos de comunicación social.
6. El mundo contemporáneo es sensible a la relación entre fe y arte. En este sentido, se recomienda a las Conferencias Episcopales que, para enriquecimiento de la catequesis y una eventual colaboración ecuménica, se fomente el aprecio por el patrimonio artístico que se encuentra en lugares confiados a su cuidado pastoral.
7. Se invita a los docentes de los Centros de estudios teológicos, Seminarios y Universidades católicas a verificar la relevancia que, en su enseñanza, tienen los contenidos del *Catecismo de la Iglesia Católica* y las implicaciones que se derivan para sus respectivas disciplinas.
8. Será útil preparar con la ayuda de teólogos y escritores de renombre, textos divulgativos de carácter apologético, para que los fieles puedan responder mejor a las preguntas que surgen en los distintos contextos culturales. Se trata de los desafíos de las sectas, los problemas asociados con el secularismo y el relativismo, y de los «interrogantes que provienen de un cambio de mentalidad que, sobre todo hoy, reduce el ámbito de las certezas racionales al de los logros científicos y tecnológicos» [26], así como de otras dificultades específicas.
9. Sería deseable revisar los catecismos locales en uso en todas las iglesias, para asegurar su plena conformidad con el *Catecismo de la Iglesia Católica* [27]. En el caso de que algunos catecismos para la catequesis no estén en completa sintonía con el *Catecismo* o que padezcan lagunas, sería oportuno comenzar de inmediato la elaboración de

nuevos catecismos, sirviéndose del ejemplo y la ayuda de otras Conferencias Episcopales que ya lo hayan hecho.

10. En colaboración con la Congregación para la Educación Católica, competente en materia, será oportuno verificar que los contenidos del *Catecismo de la Iglesia Católica* estén presentes en la Ratio de la formación de los futuros sacerdotes y en el currículo de sus estudios teológicos.

III. En el ámbito diocesano

1. Se auspicia una celebración de apertura del Año de la fe y de su solemne conclusión en el ámbito de cada Iglesia particular, para «confesar la fe en el Señor Resucitado en nuestras catedrales e iglesias de todo el mundo» [28].

2. Será oportuno organizar en cada diócesis una jornada sobre el *Catecismo de la Iglesia Católica*, invitando a tomar parte en ella sobre todo a sacerdotes, personas consagradas y catequistas. En esta ocasión, por ejemplo, las jerarquías católicas orientales podrán tener un encuentro con los sacerdotes para dar testimonio de su específica sensibilidad y tradición litúrgicas en la única fe en Cristo; así, las Iglesias particulares jóvenes de las tierras de misión podrán ser invitadas a ofrecer un testimonio renovado de la alegría de la fe que las distingue.

3. Cada obispo podrá dedicar una Carta pastoral al tema de la fe, recordando la importancia del Concilio Vaticano II y el *Catecismo de la Iglesia Católica*, teniendo en cuenta las circunstancias específicas de la porción de fieles a él confiada.

4. Se espera que en cada Diócesis, bajo la responsabilidad del obispo, se organicen eventos catequísticos para jóvenes y para quienes buscan encontrar el sentido de la vida, con el fin de descubrir la belleza de la fe de la Iglesia, aprovechando la oportunidad de reunirse con sus testigos más reconocidos.

5. Será oportuno verificar la recepción del Concilio Vaticano II y del *Catecismo de la Iglesia Católica* en la vida y misión de cada Iglesia particular, especialmente en el ámbito catequístico. En tal sentido, se espera un renovado compromiso de parte de los departamentos de catequesis de las diócesis, que sostenidos por las comisiones para la catequesis de las Conferencias Episcopales, tienen en deber de ocuparse de la formación de los catequistas en lo relativo a los contenidos de la fe.

6. La formación permanente del clero podrá concentrarse, particularmente en este Año de la fe, en los documentos del Concilio Vaticano II y el *Catecismo de la Iglesia Católica*, tratando, por ejemplo, temas como “el anuncio de Cristo resucitado”, “la Iglesia sacramento de salvación”, “la misión evangelizadora en el mundo de hoy”, “fe e incredulidad”, “fe, ecumenismo y diálogo interreligioso”, “fe y vida eterna”, “hermenéutica de la reforma en la continuidad” y “el Catecismo en la atención pastoral ordinaria”.

7. Se invita a los Obispos a organizar celebraciones penitenciales, particularmente durante la cuaresma, en las cuales se ponga un énfasis especial en pedir perdón a Dios por los pecados contra la fe. Este año será también un tiempo favorable para acercarse con mayor fe y frecuencia al sacramento de la Penitencia.

8. Se espera la participación del mundo académico y de la cultura en un diálogo renovado y creativo entre fe y razón, a través de simposios, congresos y jornadas de estudio, especialmente en las universidades católicas, que muestren «cómo entre la fe y la verdadera ciencia no puede haber conflicto alguno, porque ambas, aunque por caminos distintos, tienden a la verdad» [29].

9. Será importante promover encuentros con personas que «aun no reconociendo en ellos el don de la fe, buscan con sinceridad el sentido último y la verdad definitiva de su existencia y del mundo» [30], inspirándose también en los diálogos del *Patio de los Gentiles*, iniciados bajo la guía del Consejo Pontificio de la Cultura.

10. El Año de la fe será una ocasión para dar mayor atención a las escuelas católicas, lugares privilegiados para ofrecer a los alumnos un testimonio vivo del Señor, y cultivar la fe con una oportuna referencia al uso de buenos instrumentos catequísticos, como por ejemplo el *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*.

IV. En el ámbito de las parroquias / comunidades / asociaciones / movimientos

1. En preparación al Año de la fe, todos los fieles están invitados a leer y meditar la Carta apostólica *Porta fidei* del Santo Padre Benedicto XVI.

2. El Año de la fe «será también una ocasión propicia para intensificar la celebración de la fe en la liturgia, y de modo particular en la Eucaristía» [31]. En la Eucaristía, misterio de la fe y fuente de la nueva evangelización, la fe de la Iglesia es proclamada, celebrada y fortalecida. Todos los fieles están invitados a participar de ella en forma consciente, activa y fructuosa, para ser auténticos testigos del Señor.

3. Los sacerdotes podrán dedicar mayor atención al estudio de los documentos del Concilio Vaticano II y del *Catecismo de la Iglesia Católica*, recogiendo sus frutos para la pastoral parroquial –catequesis, predicación, preparación a los sacramentos, etc.– y proponiendo ciclos de homilías sobre la fe o algunos de sus aspectos específicos, como por ejemplo, “el encuentro con Cristo”, “los contenidos fundamentales del Credo” y “la fe y la Iglesia” [32].

4. Los catequistas podrán apelar aún más a la riqueza doctrinal del *Catecismo de la Iglesia Católica* y, bajo la responsabilidad de los respectivos párrocos, guiar grupos de fieles en la lectura y la profundización común de este valioso instrumento, con la finalidad de crear pequeñas comunidades de fe y testimonio del Señor Jesús.

5. Se espera por parte de las parroquias un renovado compromiso en la difusión y distribución del *Catecismo de la Iglesia Católica* y de otros subsidios aptos para las familias, auténticas iglesias domésticas y lugares primarios de la transmisión de la fe. El contexto de tal difusión podría ser, por ejemplo, las bendiciones de las casas, el bautismo de adultos, las confirmaciones y los matrimonios. Esto contribuirá a confesar y profundizar la doctrina católica «en nuestras casas y con nuestras familias, para que cada uno sienta con fuerza la exigencia de conocer y transmitir mejor a las generaciones futuras la fe de siempre» [33].

6. Será conveniente promover misiones populares y otras iniciativas en las parroquias y en los lugares de trabajo, para ayudar a los fieles a redescubrir el don de la fe bautismal y la responsabilidad de su testimonio, conscientes de que la vocación cristiana «por su misma naturaleza, es también vocación al apostolado» [34].

7. En este tiempo, los miembros de los Institutos de Vida Consagrada y de las Sociedades de Vida Apostólica son llamados a comprometerse en la nueva evangelización mediante el aporte de sus propios carismas, con una renovada adhesión al Señor Jesús, fieles al Santo Padre y a la sana doctrina.

8. Las comunidades contemplativas durante el Año de la fe dedicarán una particular atención a la oración por la renovación de la fe en el Pueblo de Dios y por un nuevo impulso en su transmisión a las jóvenes generaciones.

9. Las Asociaciones y los Movimientos eclesiales están invitados a hacerse promotores de iniciativas específicas que, mediante la contribución del propio carisma y en colaboración con los pastores locales, se incorporen al gran evento del Año de la fe. Las nuevas Comunidades y Movimientos eclesiales, en modo creativo y generoso, encontrarán los medios más eficaces para ofrecer su testimonio de fe al servicio de la Iglesia.

10. Todos los fieles, llamados a reavivar el don de la fe, tratarán de comunicar su propia experiencia de fe y caridad [35], dialogando con sus hermanos y hermanas, incluso

de otras confesiones cristianas, sin dejar de lado a los creyentes de otras religiones y a los que no creen o son indiferentes. Así se espera que todo el pueblo cristiano comience una especie de misión entre las personas con quienes viven y trabajan, conscientes de haber «recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos» [36]

Conclusión

La fe «es compañera de vida que nos permite distinguir con ojos siempre nuevos las maravillas que Dios hace por nosotros. Tratando de percibir los signos de los tiempos en la historia actual, nos compromete a cada uno a convertirnos en un signo vivo de la presencia de Cristo resucitado en el mundo» [37]. La fe es un acto personal y comunitario: es un don de Dios, para vivirlo en la gran comunión de la Iglesia y comunicarlo al mundo. Cada iniciativa del Año de la fe busca favorecer el gozoso redescubrimiento y el renovado testimonio de la fe. Las indicaciones aquí ofrecidas tienen el objetivo de invitar a todos los miembros de la Iglesia a comprometerse para que este año sea una ocasión privilegiada para compartir lo más valioso que tiene el cristiano: Jesucristo, Redentor del hombre, Rey del Universo, «iniciador y consumidor de nuestra fe» (Heb 12, 2).

Dado en Roma, en la Sede de la Congregación para la Doctrina de la Fe, el 6 de enero de 2012, Solemnidad de la Epifanía del Señor.

William Cardenal Levada.
Prefecto.

Luis Ladaria F., S.I.
Arzobispo titular de Thibica.
Secretario.

Notas

[1] Benedicto XVI, *Carta Encíclica Deus caritas est*, 25 de diciembre de 2005, n. 1.

[2] *Ídem.*, Homilía en la Fiesta del Bautismo del Señor, 10 de enero de 2010.

- [3] Juan XXIII, Discurso durante la solemne apertura del Concilio Vaticano II, 11 de octubre de 1962.
- [4] Concilio Ecuménico Vaticano II, Constitución dogmática *Lumen gentium*, n.1.
- [5] Las Asambleas Ordinarias del Sínodo de los Obispos han tratado los siguientes temas: La preservación y el fortalecimiento de la fe católica, su integridad, vigor, desarrollo, coherencia doctrinal e histórica (1967); El sacerdocio ministerial y la justicia en el mundo (1971); La evangelización en el mundo moderno (1974); La catequesis en nuestro tiempo (1977); La familia cristiana (1980); La penitencia y la reconciliación en la misión de la Iglesia (1983); La vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo (1987); La formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales (1991); La vida consagrada y su misión en la Iglesia y en el mundo (1994); El Obispo: servidor del evangelio de Jesucristo para la esperanza del mundo (2001); La Eucaristía: fuente y cumbre de la vida y la misión de la Iglesia (2005); La Palabra de Dios en la vida y misión de la Iglesia (2008).
- [6] Benedicto XVI, *Discurso a la Curia Romana*, 22 de diciembre de 2005.
- [7] *Ídem.*, Carta apostólica *Porta fidei*, n. 4.
- [8] Juan Pablo II, Discurso de clausura de la II Asamblea Extraordinaria del Sínodo de los Obispos, 7 de diciembre de 1985, n. 6. El mismo Pontífice, en la fase inicial de este Sínodo, durante el Ángelus del 24 de noviembre de 1985, dijo: «La fe es el principio básico, es el quicio, el criterio esencial de la renovación que pretendió el Concilio. De la fe se deriva la norma moral, el estilo de vida, la orientación práctica en cada una de las circunstancias».
- [9] *Ídem.*, Constitución apostólica *Fidei depositum*, 11 de octubre de 1992, n. 2.
- [10] *Ibíd.*, n. 3.
- [11] *Ibíd.*, n. 4.
- [12] Benedicto XVI, *Carta apostólica Porta fidei*, n. 11.
- [13] *Ídem.*, Discurso a los participantes en el Encuentro promovido por el Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, 15 de octubre de 2011.
- [14] *Ídem.*, *Carta apostólica Porta fidei*, n. 7.
- [15] Cf. *Ibíd.*, n. 12.
- [16] Dicha Comisión, fue constituida en la Congregación para la Doctrina de la Fe por mandato del Santo Padre Benedicto XVI.
- [17] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 150.
- [18] Benedicto XVI, *Carta apostólica Porta fidei*, n. 15.
- [19] Concilio Ecuménico Vaticano II, *Constitución dogmática Lumen gentium*, n. 65.
- [20] Benedicto XVI, *Carta apostólica Porta fidei*, n. 13.
- [21] *Ibíd.*, n. 6.
- [22] Concilio Ecuménico Vaticano II, *Decreto Unitatis redintegratio*, n. 1.

- [23] Las indicaciones que se ofrecen a las Conferencias Episcopales valen también, en modo análogo, para los Sínodos de obispos de las Iglesias patriarcales y arzobispales mayores y para las Asambleas de Iglesias *sui iuris*.
- [24] Concilio Ecuménico Vaticano II, *Constitución dogmática Lumen gentium*, n. 25.
- [25] Cf. Benedicto XVI, *Carta apostólica Porta fidei*, n. 13.
- [26] *Ibíd.*, n. 12.
- [27] Cf. Juan Pablo II, *Constitución apostólica Fidei depositum*, n. 4.
- [28] Cf. Benedicto XVI, *Carta apostólica Porta fidei*, n. 8.
- [29] *Ibíd.*, n. 12.
- [30] *Ibíd.*, n. 10.
- [31] *Ibíd.*, n. 9.
- [32] Cf. Benedicto XVI, *Exhortación apostólica post sinodal Verbum Domini*, 30 de septiembre de 2010, nn. 59-60 y 74.
- [33] *Ídem.*, *Carta apostólica Porta fidei*, n. 8.
- [34] Concilio Ecuménico Vaticano II, *Decreto Apostolicam actuosintatem*, n. 2.
- [35] Cf. Benedicto XVI, *Carta apostólica Porta fidei*, n. 14.
- [36] Concilio Ecuménico Vaticano II, *Constitución pastoral Gaudium et Spes*, n. 1.
- [37] Benedicto XVI, *Carta apostólica Porta fidei*, n. 15.

Bibliografía

Para la realización de este trabajo he utilizado las obras siguientes:

- CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA. *Nuevo Testamento*. Versión oficial. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2012.
- ESPASA-CALPE, S.A. *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana*. Madrid-Barcelona, 1975, tomo XXIII, páginas 434 y siguientes, voz: Fe.
- IGLESIA CATÓLICA. *Catecismo de la Iglesia Católica*. Asociación de Editores del Catecismo, Madrid, 1992.
- NÁCAR, Eloíno; COLUNGA, Alberto. *Sagrada Biblia*. La Editorial Católica, S.A. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1965.
- OVIEDO TORRÓ, Lluís. *La fe cristiana ante los nuevos desafíos sociales: tensiones y respuestas*. Ediciones Cristiandad, Madrid, 2002.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. *Diccionario de la Lengua Española*. 22ª edic., Madrid, 2002.
- RODRÍGUEZ SANCHEZ, Jesús; HERNÁNDEZ LOZANO, David; LÓPEZ SIERRA, Héctor. *La fe cristiana en búsqueda de nuevos entendimientos*. 2ª edic., International Thomson editores, México, 2005.
- RUBIO CASTRO, Ángel. *Educación en la fe según el Catecismo de la Iglesia Católica*. Estudio Teológico San Ildefonso, Toledo, 2001.
- SALVAT EDITORES. *La enciclopedia*. Madrid, 2003, tomo 8, pp. 5967-5968, voz: Fe.

Siglas y abreviaturas*

Ap	Apocalipsis
cf.	compárese
Col	Colosenses
Cor	Corintios
Ecl	Eclesiastés
edic.	edición
Ef	Efesios
Gál	Gálatas
Gen	Génesis
Hch	Hechos [de los Apóstoles]
Heb	Hebreos
Is	Isaías
Jds	Judas
Jn	Juan
Lc	Lucas
Mc	Marcos
Mt	Mateo
n. / nn.	nota / notas
pág. / págs.	página / páginas
Pe	Pedro
Prov	Proverbios
Rom	Romanos
Sal	Salmos
Sant	Santiago
Tes	Tesalonicenses
Tim	Timoteo
Tob	Tobías
v / vv	versículo / versículos
Zac	Zacarías

* Según el *Nuevo Testamento*. Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española, 2012.

